

CÁRLOS PEÑARANDA.

CANTOS DEL PUEBLO,

PRECEDIDOS DE UNA CARTA

DE

VÍCTOR HUGO.

[Patria y humanidad]

LITR.

MADRID,

IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^{IA}
(sucesores de Rivadeneyra).

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

Duque de Osuna, núm. 3.

1878.



CANTOS DEL PUEBLO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS.

- Presentimientos*, ensayos poéticos.
Notas de una lira, poesías.
Indecisiones, poesías y cantares.
Brisas de Otoño, rimas.
Cantos del pueblo, precedidos de una carta de Víctor Hugo.
- } Agotadas.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE.

- Várias poesías. Artículos.*
Cantos del pueblo (segunda parte).
Guttemberg, drama en tres actos y en verso.
Luchas escondidas, novela.
El duque de Alba, drama.
-

CÁRLOS PEÑARANDA.



CANTOS DEL PUEBLO.

(NOTAS DE UNA LIRA.)

PRECEDIDOS DE UNA CARTA

DE

VÍCTOR HUGO.

¡Patria y humanidad!
List.

MADRID,

IMPRESA, ESTERROTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^o
(sucesores de Rivadeneyra),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

Duque de Osuna, núm. 3.

1873.

París, 9 de Mayo de 1872.

SEÑOR DON CARLOS PEÑARANDA:

Gracias al elevado poeta, autor del libro *Notas de una lira*: considérome honrado en ver mi nombre entre poesías tan bellas, y me siento orgulloso de haber inspirado las generosas estrofas que coronan la obra. En los duros y sombríos tiempos que alcanzamos, preciso es que los poetas den á las naciones noble ejemplo de union y de alianza. Mucho há que deseo ver fraternalmente unidas á Francia y á España. Soy un antiguo amigo de la ilustre patria de Cervántes y del Cid.

Víctor Hugo.

INTRODUCCION.

Sé que es grande la mision,
y son débiles mis hombros :
que es vano alzar entre escombros
á la patria una cancion.
Sé que acaba el corazon
donde empieza el pensamiento...
que en el combate violento,
del mundo noche sombría,
tan sólo sirve de guía
la luz del entendimiento.

Sé, oh patria donde nací,
cuán inmenso es tu quebranto :
que mi tosco y débil canto
no será digno de tí.
Pero tu amor vive en mí

y en tal suerte me convoca,
que imagina el alma loca
son mis cantos y mi anhelo
tu sol, tus brisas, tu cielo,
que palpitan en mi boca.

Ese eterno vacilar
de creencias y naciones :
esas vagas explosiones
de algo que vemos llegar :
ese ronco resonar
de lucha tan conmovida ;
esa brusca sacudida
que el mundo cambia y convierte...
¿son funerales de muerte
ó efluvios de nueva vida?

¡No lo sé! Pero quizás
esta desprendida gota,
no será confusa nota,
ni un eco, ni un libro más :
de cuanto abandono atras
llevo un recuerdo lejano...
De mi dolor triste y vano

sin vacilar me despido,
para fabricar mi nido
en el pensamiento humano.

Por eso ahogué mis clamores
y encadené mi tristeza...
Delante de tal grandeza,
¿quién piensa yá en sus dolores?
De recuerdos movedores
no pude ahogar la explosion,
¡y es, porque haciendo traicion
á mis pensamientos mismos,
en medio de dos abismos
deposité el corazon!

.
¡Patria! El siglo que acompañas
en sus dudas y pesares,
es el que bajó á tus mares
y taladró tus montañas :
el que encendió en tus entrañas
espléndida y noble tea :
el que mil prodigios crea,
el que trasforma oceános...
¡el que igualó, con sus manos,

la luz, el rayo y la idea!!!

Yo lo ensalzaré sin calma :
¿qué importa mi oscuro nombre?
¿qué huella dejará un hombre
en los espacios del alma?
No en pos de gloriosa palma
vuela el espíritu yá...
el ave, oculta quizá,
que con su canto os detiene,
¿quién sabe de dónde viene?
¿quién pregunta adónde va?

Sé que es grande la mision,
y pequeño, á par, me veo ;
mas es tan alto el deseo
como noble la intencion.
De una luz la proyeccion
muere en baja oscuridad...
mas á una altura elevad
la llama, que allí moria,
¡y podrá servir de guía
tal vez á la humanidad!

PARTE PRIMERA.



HISTORIA.

I.

LA CAIDA.

Era en aquellos apartados días
en que la vida, en su explosión primera,
se derramaba en luces y armonías
por la tierra, los astros y la esfera:
mecido el mar en olas no sombrías,
en que un sol, todo nuevo, reverbera,
parece, al són de su arrullar sonoro,
movible gasa de esmeralda y oro.

El cielo, más hermoso y refulgente,
lleno está de divinas oleadas:
más azulado el mar y trasparente,
devuelve, palpitante, sus miradas:
con propia luz los astros, lentamente

van girando en las tintas sonrosadas
en un azul, que ostenta á todas horas,
luces, tardes, crepúsculos y auroras.

Durmió el hombre aquel sueño misterioso
al pié de un árbol del Eden risueño,
y nació la mujer, ser vagaroso,
luz sorprendida en la ilusion de un sueño ;
formada de un suspiro silencioso,
flor que un deseo fecundó halagüeño,
apareció en la tierra de improviso,
pues no fuera sin ella Paraíso.

Era tanta la gloria y la ventura
de aquellas, no contadas, dulces horas :
tanta del jóven mundo la hermosura
publicada por músicas sonoras .
temblaban en la luz ardiente y pura
ilusiones tan bellas y habladoras,
cual no puede crear, en su ardimiento,
el audaz y soberbio pensamiento.

¡ Ah ! ¡ Cada sueño de la mente inquieta
es un recuerdo del Eden perdido !

¡cada nueva palabra del poeta
de aquel himno es un eco sorprendido!
no tenían, por ley que el mal sujeta,
nubes el cielo, ni la mar rugido,
ni huracanes el viento, ni las flores
ni el bello suelo, abrojos punzadores.

Era una tarde... Alegre parecía
altar de amor el conmovido suelo...
¡Ella vió, exuberante de poesía,
calmar el hombre su primer anhelo!
tibios besos la atmósfera tenía,
lecho fué el mundo, pabellon el cielo...
¡hasta el sol se detuvo, tras de un monte,
sin poderse alejar del horizonte!!

.

¡ Ah, quién dijera que el azul hermoso
de nubes de rencor se cubriría :
que el mar, con oleaje impetuoso,
el asilo del hombre inundaría!
que el viento fuese el huracan fragoso,
que ingrato el suelo para el bien sería,

que Dios era aquel sol, que se ocultaba,
y en párpados de nubes se velaba.

¿Qué falta fué, para arrastrar al viento
serie tanta de luto y maldiciones?
desde aquel triste y funeral momento
rasgó el mundo su velo de ilusiones:
apagó su sonrisa el firmamento
y sintió cada cosa sus pasiones,
y ostentaron el cielo y mar y tierra
la imágen espantosa de la guerra.

Los mares sacudieron sus melenas;
flotó en el aire la tormenta dura;
tembló la tierra y empapó en sus venas
espesa lluvia de la nube oscura;
el genio de los males y las penas
rasgó en el rayo la tiniebla impura,
y holló el espacio, desde entónces frio,
torvo gritando: «¡el universo es mio!»

Y entre el fragor de combatir tan fuerte,
llegó hasta el hombre insólita armonía;
eco veloz de maldicion y muerte,

que entre la tempestad resplandecía ;
oyólo el viento de pavor inerte ,
grabó el mundo la eterna profecía ,
y así el acento resonó severo
vibrando raudó por el orbe entero.

« ¡ Contrarios te serán abismo y cielo :
espejo fué tu mundo de mi gloria ;
ambicionaste más... Ingrato el suelo
será del hombre en la infeliz historia ;
todos tus hijos nacerán con duelo ;
enemigos, y en vida transitoria
harán tu falta triste y sempiterna,
sombra creciente de la falta eterna ».

¡ Miseria humanidad ! ¡ El sol te besa
como á frente de errante peregrino,
y desde entónces, gravitando, pesa
la horrenda maldicion en tu camino !
El vago afan, que en tu inquietud no cesa,
es un recuerdo de tu sér divino,
¡ y el velo que el Eden por siempre encierra
es la espada de fuego que lo cierra !

II.

LA PRIMERA GOTA.

La sangre de Abel, ligera
vertió un rayo de recelo,
y el no profanado suelo
manchó la gota primera.

Avara de ella quizás
tembló la tierra afanosa,
y la embebió presurosa
como si esperase más.

Siguió con honda inquietud,
titánico, eterno y frío,
ese combate sombrío
del mal contra la virtud.

Y siguió, fiera en crueldad,
esta vil guerra sin fin,
porque el alma de Cain
alienta en la humanidad.

¡Ah! no extrañeis, si quizás
rojo el suelo en sangre impura,
á embeberla se apresura.
¡porque hay más sangre! ¡aun hay más!

III.

DUDAS.

¡Cumbre donde el Redentor
dió el suspiro postrimero!
¡pedestal de aquel madero
todo grandeza y amor!

¿Dónde estás, eterna lumbre?
¿dónde estás, luz infinita?
¿dónde, redencion escrita?
¿dónde tú, gloriosa cumbre?

¿Es que la Cruz no asegura,
envuelta en nubes sombrías,

soles de brillantes días
de libertad y ventura?

¡Ah! tanta grandeza, en pos
del sacrificio no había...

¡y qué ménos merecía
la muerte de todo un Dios!...

.

No: siguió la eterna historia;
la historia eterna del hombre:
¡siglos de luchas sin nombre,
horas fugaces de gloria!

Las densas dudas, ¿qué son?
¿qué este combate violento?
¡calvarios del pensamiento,
calvarios del corazón!

¡Oh Dios! Yo adoro tu lumbre,
mas oigo eternos gemidos:
¿quiénes son tus redimidos?
¿dónde estás, sagrada cumbre?

Mas ¡ah! ¿pretende quizás
alzarme á tí la ambicion?
¡más alta está, corazon!
¡pensamiento, sube más!!

IV.

NUBES.

En el espacio radiante
uniéronse el fanatismo,
la servidumbre infamante...
¡cuánta lava degradante
tiene el volcan del abismo!

Como es tan denso y sombrío
cuanto nace de la muerte,
unieron su hálito frío,
y, como tormenta fuerte,
inundaron el vacío.

Aterrada la creacion
vió oscurecerse el Calvario

ante el fúnebre crespon,
y escuchó en el viento vario
los ecos de esta cancion:

«Nació el sol para las flores,
el ave para los vientos,
para el alma los amores,
y nuestros soplos traidores
para apagar pensamientos.

Que no logren los humanos
momentos de calma puros;
sus conceptos soberanos
hallarán los aires vanos,
como nosotros, oscuros.

Vamos, sí. Las dudas fueron
para extender su capuz...
negras nubes nos hicieron...
porque las nubes nacieron
para oscurecer la luz.

Tiembla yá, humano ardimiento,
no vencerás el crisol...

¿qué nubes teme tu aliento,
las nubes del pensamiento
ó las que amenguan el sol?»

V.

LA EDAD MEDIA.

Soñé una vez, que, trovador errante,
de una pasada edad grande y sombría,
cantando, de ciudad en fortaleza,
ó silencioso caminando iba.

Era una noche : hollaba con mis pasos
estrecha calle solitaria y fría ;
alto templo á mi diestra se elevaba,
con imponente majestad tranquila.
Del atrio oscuro en frente,
donde los rayos de la luna espiran,
elévase un cadalso,
la luz temiendo del cercano día.
De la desierta calle al hondo extremo

se levantan las góticas ruinas
de abandonado alcázar, habitado
tal vez por sombras en la noche fría.

Al brazo mi laud, crucé ligero
al pié del templo, entre la sombra altiva,
donde un eco lejano y silencioso
el rumor de mis pasos repetía :
del órgano la voz vibraba tenue,
tal vez por mano misteriosa herida,
y un místico poema derramaba
del viento entre las olas fugitivas.

De los abiertos muros,
que allá ostentan sus moles derruidas,
blanca vision apareció á mis ojos,
dulce y severa, espléndida y sombría.
La vision misteriosa de la noche
adelantó su planta fugitiva ;
sus ténue smovimientos,
su marcha desenvuelta, al par que fija,
la rigidez marmórea del cadáver
á sus contornos vagos imprimía.
Dudaba mi asombrado pensamiento

si era su imágen mágica y divina
la sombra de perdidas esperanzas,
recuerdos de una edad, que hoy es ceniza,
ó exhalacion ligera
de la amarilla luna desprendida.

¡Era un alma! Era el alma incomprendible
que dilató su imperio á las Antillas;
el alma de las hondas catedrales
que el cristianismo con su soplo anima.
Alma radiante acaso
y en el abismo de la sombra hundida.
¡Sentí respeto! La vibrante arpa
se agitó, presintiendo una armonía :
iba á cantar..... La imágen acercóse
cada vez más radiante y más altiva.....
¡Era una estatua! ¡Inmóviles los ojos
y cerrados los párpados tenía!!

VI.

EL AUTO DE FE.

Cercado por sombra fuerte
el reo va de muerte en pos ;
mas no le arredra su suerte,
porque acercarse á la muerte
es acercarse hácia Dios.

Su crimen, soñado ó vano,
aquella edad no perdona,
que ante el exámen humano
tal vez tembló la corona
en la frente del tirano.

Levántase allí la hoguera
que aguarda la inquieta lumbre ;

infiámase luégo artera,
y aplaude en torno severa
la estúpida muchedumbre.

Y se retuerce la llama,
murmurando de su suerte,
chisporrotéa y se inflama,
¡y al llegar allí la muerte
hasta la muerte se infama!

Y el humo, que se renueva,
de un alma soporta el yugo,
un alma hácia el cielo lleva,
que envuelta en humo se eleva
para no ver su verdugo.

.....

¡Víctimas del dolor, alzad la frente!
De cada chispa, que brotó ligera,
hay en el cielo un punto refulgente,
hay en la tierra inextinguible hoguera!

Mirad los pueblos, por la paz unidos,

de libertad multiplicando el nombre ;
por el vapor los montes yá vencidos ;
vencidos cielo y tierra por el hombre !

Ved la imprenta, lenguaje de la Historia,
habla eterna del hombre pasajero,
derramando incansable tanta gloria
que acaso abrumba al universo entero.

Ved el rayo, del hombre entre las manos,
atravesando como blando viento
redondas olas y anchos oceanos,
vestido con la luz del pensamiento.

¡Sombras queridas! Extended doquiera,
extended las atónitas miradas....
de cada chispa se encendió una hoguera.
¡víctimas del dolor, yá estais vengadas!!

VII.

EL ARTE.

¿Qué eres tú sino Dios? ¡Arte divino!
Por tí brotaron de la nada un día
espacios, mundos, séres,
para cumplir absortos su destino;
del aliento vital, con alegría,
sintió el orbe la ráfaga primera...
¡por tí, venciendo el tiempo y las edades,
palpita y vive la creacion entera!

¡Naciste... y todo fué! Los altos bosques
el viento sacudió: la mar sombría
publicó su poder, y el sol hirviente
espléndido se alzó, cual si ostentára
sello de eternidad sobre su frente.

Vibró en el aire un nombre ;
del Espíritu Inmenso desprendida
el alma descendió, y alzóse el hombre
en la vasta creacion... naturaleza
levantó un himno, al borde de la nada,
y enmudeció despues, como agobiada
al peso abrumador de su grandeza.

El sér pensó : su poderoso aliento
el Arte le infundió, y á cuanto en torno
su rápida existencia rodeaba,
encendió con su propio pensamiento.
Los misterios que el suelo le velaba
sorprendió, en lucha que al valor arredra...
Dió á las rocas y al mármol movimiento,
al bronce voz y un alma á cada piedra.

Quiso librar su nombre de la muerte,
y, dentro de sí mismo, con asombros,
halló fuerzas bastantes
para alzar al impulso de sus hombros
las inmensas Pirámides gigantes :
de allí volando á Grecia,
trazó despues el extendido plano

del bello Partenon ; y firme solio
que sustentar la tierra no podia,
sobre escombros latentes de cien pueblos
Roma asentó soberbia el Capitolio ;
y de edad en edad, el genio humano,
legando á lo futuro sus memorias,
abrió á los siglos, con potente mano,
libros de piedra en que escribió sus glorias.

¡ Oh humanidad ! No libre y respetada
la fortuna te vió ; que en tu camino
los déspotas se alzaron,
y el cadalso y la hoguera ensangrentada
siglos de oprobio al mundo prepararon ;
mas ¿ qué importó ? ¡ Sus frentes, abatidas,
el seno esconde de la nada yerta,
¡ y áun presas del terror, en sus sepulcros
la maldicion del orbe los despierta !
La clara luz del genio, nunca esclava,
quisieron apagar... ¡ esfuerzos vanos !
¡ Cada tumba entreabierta arrojó lava
bastante á sepultar cien Herculanos !

En tanto el Arte en su veloz carrera

desplegó su poder : al duro bronce
dió los acentos de pasion ó calma
que forman misteriosos
ese lenguaje que comprende el alma :
subiendo hasta el espacio,
robó sus rayos á la luz del dia,
y la palabra cadenciosa y pura
se desbordó en torrentes de poesía :
en el mármol fijó la vestidura
que el aire mueve ; y arrancó á la fosa,
agitando el pincel leve y divino,
el rostro peregrino
y el palpitante seno de la hermosa.
Que así, por fuerza superior movido,
en lienzo, roca ó voz, el Arte crea,
¡y en lienzo ó roca, en mármol ó sonido,
siempre es la humanidad, siempre la idea!

Por noble inspiracion, el pensamiento
arrebatado va, raudo girando,
como la arena que remueve el viento
del desierto en los ámbitos silbando.
Los rápidos instantes
en que el genio en el alma siente y mira

algo que deja para siempre escrito
el invisible rayo que la quema,
¡son largas horas de ansiedad suprema,
son esfuerzos del hombre á lo infinito!

¡Lucha terrible! Vencedor un día,
dió á los pueblos el arma poderosa
de la imprenta inmortal... ¡nuevo madero
que, cual señal de redencion gloriosa,
tiende sus brazos sobre el mundo entero!
Y otra vez vencedor, rompiendo el dique
que á Europa contenia,
donde España triunfante no cabia,
en pos llevado de su afan ardiente,
del mar inmenso en las opacas brumas,
lanzóse á descubrir un continente
hijo tal vez del sol y las espumas.

¡Horas del porvenir, que en hondo sueño
á las puertas del mundo estais dormidas,
despertad á mi voz! ¡decid vosotras
si es verdad lo que finge mi deseo!
En el olvido para siempre hundidas
la servidumbre vil, la odiosa guerra,

paz, arte y ciencia por doquiera veo :
sobre el inerte polvo
de mil y de otras mil generaciones,
que huella la veloz locomotora,
hermanas yá se abrazan las naciones,
y envidiando del tiempo la fortuna,
en sus ruinas el pasado llora :
mares, pueblos y abismos
enciende la palabra voladora
venciendo al rayo en permanente guerra...
¡Es yá la humanidad un hombre solo
y una sola nacion toda la tierra!!

¡Oh momento feliz ! El Arte entónces
se elevará hasta Dios... ¡pueda mi acento
vibrar sin extinguirse, á los humanos
nuncio de libertad, nuncio de muerte,
y eterna maldicion á los tiranos !
Sublime el genio tenderá sus alas
cual fénix inmortal, y el orbe todo
conservará en el Arte su memoria
que lance al tiempo con asombro mudo...
¡Tuyo es el lauro de tan alta gloria...
feliz posteridad, yo te saludo!

VIII.

MUERTAS GLORIAS.

Sueño es el tiempo, que el pasado aleja
prestando á la memoria su beleño,
y olvido al alma; mas á veces deja
eterna huella en nuestra frente un sueño;
de muertos siglos la doliente queja
hirió mi oido con tenaz empeño,
y como un sueño, en horas que espiraron,
héroes y siglos ante mí pasaron.

Pasan... ¡mirad!

IX.

Nacida á un tiempo mismo
de opuestas razas entre lucha impía,

con luz de cielo y sombras del abismo
en el mundo se alzó la patria mia ;
sustentada con leche de heroísmo,
viendo llegar de su grandeza el día,
de servidumbre vil rompió la valla,
hija, tal vez, del trueno y la batalla.

Como vírgen que lleva en su semblante
de la luna los pálidos fulgores ;
cual alma triste que recuerda errante
luz de perdidos, mágicos amores,
habló la Cava : « Al soplo penetrante
de abrasado huracan, perdí mis flores,
y siglos de ignominia y desventura
fueron el precio vil de mi hermosura. »

En un espacio, que la vista asombra,
y á intervalos se enciende ó se oscurece,
mirad cuál se adelanta augusta sombra,
que poco á poco se agiganta y crece :
padre la España con amor le nombra,
en Covadonga su laurel florece,
y al ver, suspensa, de su diestra el rayo
recuerda el alma el nombre de Pelayo.

« ¡ Generacion, generacion presente! —
dijo en voz que cien ecos repitieron —
¿por qué, por qué negar indiferente
las glorias que en vivir te precedieron?
Divino sol apareció en tu Oriente...
¡salud á las auroras que ántes fueron!
¡Quién alzaré la catedral que arredra,
si no hay quien ponga la primera piedra? »

Pasó, y en pos feudales campeones,
señores de un pedazo de terreno
y esclavos de sus miseras pasiones ;
y un grupo en pos, de luz de gloria lleno,
de reyes y de fuertes escuadrones,
vivos rayos de muerte al agareño...
Mas ¿quién es ese genio del combate
que al peso de sus glorias no se abate?

« Yo — dijo — soy el Cid. » Calló su acento:
llena de orgullo palpité la tierra
y sonrió tranquilo el firmamento,
doliente voz, que al musulman aterra,
se oyó despues, que dijo así en el viento :
« Patria infeliz, con tu grandeza en guerra,

por lograrla otra vez en claro día
no yá un hijo, cien hijos te daría!»

En roja nube de brillante gloria
tres sombras luégo rápidas pasaron;
una ¡oh Granada! en letras de tu historia
los muros de la Alhambra eternizaron;
Roma conserva de otra la memoria...
ante sus piés las termas palpitaron,
y el nombre de otra, á par de sus pesares,
tienen escrito América y los mares.

¡Cuánta grandeza! De tan claro día
¿dónde el cantor está?! Silencio y calma!
Sombra, que vaga entre tiniebla fría,
pasó á mi lado y respondió á mi alma:
«se engendró la magnífica armonía,
de esa epopeya florecida palma,
y ántes que el orbe atónito la oyera,
se ahogó en la sombra y espiró en la hoguera».

X.

Llega una edad, doblada al grave peso
de incontrastables glorias hacinadas :
de España eleva el estandarte ileso,
las águilas francesas derrotadas :
de triunfo tanto, para noble exceso,
las naciones se inclinan humilladas,
y á pueblos rotos y á vencidos reyes
soberbia dicta obedecidas leyes.

Mas ¡ay! en torno acusador acento
alza terrible maldicion que aterra ;
gime azorado el vagaroso viento,
ruge iracunda la asombrada tierra :
lanza la patria funeral lamento
que da al tirano infatigable guerra...
¡ Es que recuerda con dolor Castilla
horas de Villalar y de Padilla!

Ved allí al rey fanático y sombrío
que profanó la tierra con su planta...
Envuelto en nubes de misterio frío

cóncavo rezo hasta el Creador levanta :
en torno suyo se agitó el vacío ;
más que su gloria , su maldad espanta...
¡ Él , apurando sanguinaria copa ,
se erigió una pirámide en Europa !

¿ Murió el valor ? ¿ Pasaron los varones
que sustentó la tierra estremecida ?
¿ La raza de titánicos leones
quedó en Castilla muerta ó extinguida ?
¿ Pasaron los soberbios campeones ?
¡ Oh noble sombra , para mí querida !
¡ no ! Yo te miro de entusiasmo mudo...
¡ Lanuza sin rival , yo te saludo !

¡ Negros instantes de la patria mía !
¿ de tanta gloria en pos flaqueza tanta ?
¡ ay , esa gloria que te halaga un día ,
para caer más tarde te levanta !
Sombra serás de lástima tardía ,
huirá la tierra ante tu débil planta ,
y , yá eclipsado el sol de tu destino ,
sólo á la muerte encontrarás camino .

¡Ah, pasó un siglo y humilló su frente!
¡Qué amargo debe ser á lo pasado
arrostrar el juicio del presente!
Pasó aquel rey cobarde y hechizado,
huyó su sombra lóbrega y doliente,
y murmuró, al pasar avergonzado:
«Yo por mi patria, sola y olvidada,
¡ay mísero de mí, yo no hice nada!»

¡Trasunto fiel de la existencia humana!
¡junto á las glorias el dolor impío!
¡que es siempre el luto de su mano insana
el precio del instable poderío!
¡Vedla! Una nube avanza soberana,
mas tiene el corazón roto y sombrío...
«¡Trafalgar!» — grita un eco de desmayo,
y al par repite un pueblo: «¡Dos de Mayo!»

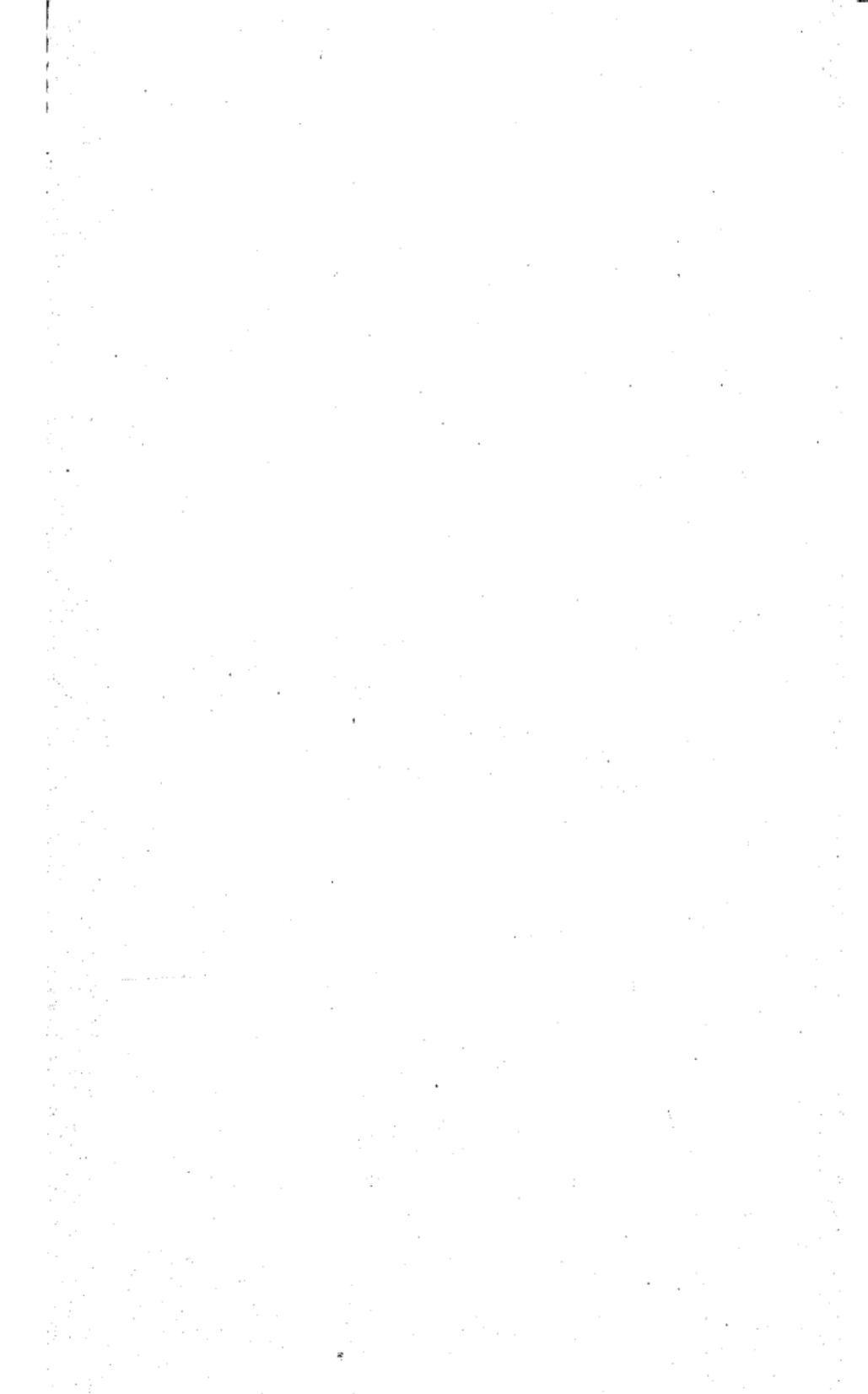
XI.

.
Llena de luz, de encanto y de hermosura,
en mi sueño se alzó la patria mía:

¡al sentirla surgir, la noche oscura
tuvo más rayos que la luz del día!
«Sabe, me dijo, en tanta desventura,
que aún vive el genio que mis pasos guía;
¡que acaso grande se alzaré mañana
la patria de Cervántes y Quintana!»

Vives ¡oh España! Grande es tu pasado:
el porvenir te guarda su corona,
que no puede morir la que ha abarcado
el cetro universal de zona á zona.
¡Glorias pasadas! Vuestro nombre amado
mi voz, no injusta, con ardor pregona,
¡y os ensalza mi labio conmovido,
jamás por la lisonja envilecido!!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



MEMORIAS DEL ALMA.

¿No es el amor resúmen de la vida?
Yo amé también, y con el alma entera;
mas, como no hay felicidad cumplida,
y, si cumplida, nunca duradera,
vi de mi pecho el insondable arcano
y esta historia escribí, que bien pudiera
la historia ser del corazón humano.

C. P.

XII.

PREGUNTAS.

- ¿Nacisteis á la vida, como vulgares séres,
sin un recuerdo vago de huida claridad?
- ¿Mirásteis campo y cielo, crepúsculos y auroras
con calma indiferente, sin misterioso afán?
- ¿Crecisteis como el árbol, sin alma que lo anime,
indiferente al tiempo que corre ante sus piés?
- ¿Mirásteis en el hombre un sér que nace y muere
sin término y destino, sin dudas y sin fe?
- ¿Cruzásteis por los mares sin penetrar sus olas?
- ¿Vuestra cabeza el cielo con astros no abrumó?
- ¿A vuestro lado el crimen pasó con rostro airado,
sin arrancar un grito de indignacion y horror?
- ¿Cercados de placeres, no vísteis los dolores,
sus lúgubres gemidos pudísteis consolar
y al sueño os entregásteis, para no ver piadosos
el Gólgota que sube la triste humanidad?
- ¿El fuego de entusiasmo no ardió por vuestras venas?

¿No resbaló en vosotros ni un sueño de ambición?
¿Los triunfos del guerrero, las glorias del artista,
vuestro desnudo pecho quizás nunca envidió?
¿A la mujer mirásteis como grosero adorno,
sin ver en sus pupilas divino sol brillar,
como á través del mundo se ven otros mejores,
como á través del cielo se ve la eternidad?
Al pié de catedrales y oscuros cementerios
y lóbregas ruinas de un tiempo que pasó,
¿no os señaló severa recuerdos mil la Historia,
no oísteis de cadenas el apagado són?
¿Vivis en el presente, volcán que el cráter abre,
sin que os comuevan ráfagas de ardiente libertad,
y entre el fragor inmenso de ideas, luchas y hombres
no habeis sentido el hálito de siglos que vendrán?
¿No os agitó el impulso, secreto movimiento
que llena la cabeza, que turba el corazón,
de revelar al hombre palabras nunca oídas,
de propagar al mundo vuestra inspirada voz?
Si nada habeis sentido, si nada habeis soñado,
vacío, como un eco, mi canto os sonará:
ni acento en vuestro oído, ni huella en vuestra alma
mi canto no os espera... ¡sus páginas pasad!

.

¿Sentísteis en la mente reproducirse entera
la mágica armonía de toda la creacion,
auroras en los ojos y noches en el alma,
y allá, en vuestro cerebro, de mares ronco hervor?
¿Tendísteis al que llora compadecida mano,
contacto de los séres que acerca y une el mal,
llorásteis con su llanto, y al consolar su pena
se dilató el espíritu por una inmensidad?
¿Amásteis de ese modo con que aman en el mundo
las almas escogidas, del hombre gloria y prez,
y el lóbrego infortunio mató la luz de un día,
con el pasado encanto, con el perdido bien?
¿La humanidad que gime, vuestro feliz camino
con sangre generosa, con lágrimas regó?
¿Llegásteis á la cima del imposible sueño
que fué de vuestra vida lejano resplandor,
y el ódio y el despecho, la envidia y la calumnia,
lograron vuestro sueño cercar de oscuridad,
y solo en el camino, con Dios y el alma á solas,
un hijo en vuestros brazos mirásteis espirar?
¿No fué para vosotros inhospital el suelo
do vísteis la primera magnífica ilusion;
no ha muerto en vuestros labios la frase, « ¡ m^r ^{admiración!} »,
como en mis secos labios por siempre se ^{admiración!} extinguió?

¿La frente no inclinásteis, cual árbol que se tronca
y acaso maldijisteis vuestro fatal vivir,
y lágrimas de fuego quemaron vuestros ojos,
águilas que debieran volar al porvenir?
¿Sentísteis en el alma brotar serena un día
la inagotable fuente de grande inspiracion,
y mano rencorosa, cual sierpe entre las flores,
su manantial purísimo vilmente envenenó?
Si habeis, cual yo, sufrido; si habeis, cual yo, soñado
si estais, cual yo, cercados de luz y oscuridad;
si habeis, cual yo, sentido rumores y mareas
que en vuestra mente agitan del pensamiento un mar
si el hueco de una tumba tragó en aciago instante
mitad de vuestra vida y entero vuestro bien;
si sois, cual yo, una sombra, que piensa, siente y gime
¡para vosotros canto... mis páginas leed!

XIII.

CARTA Á S*...

*

¿Te acuerdas, di? cuando mi aciaga historia
el sueño más hermoso iluminaba,
estas frases de amor, de luz y gloria
mi enamorado corazón dictaba.

Son estas frases notas misteriosas
de habla divina, que tenaz persigo,
y todas juntas forman amorosas
esa ilusión que morirá conmigo :
«Ciego por mi dolor, busqué dudoso
los sueños mil en que mi mente hervía,
y en átomos de luz, los vi dichoso,
en tus divinos ojos, gloria mía.

En tu noble semblante alzarse veo
tu boca, que, encendida y hechicera,

parece flor que fecundó un deseo
de tu vida al lucir la primavera.
rayo de amor acarició mi mente,
yo, en mi ilusion, lo alimenté sin calma ...
¡Y hoy esta hoguera irresistible, ardiente,
no cabe en mi cabeza ni en mi alma!
Vén á que bese tu sonrisa pura,
vén á que viva en tu inflamado aliento...
Yo te ofrezco placer, glorias, ventura
como nunca soñó tu pensamiento.
Yo te adoro... mas no; mentí engañoso...
¡Para expresar mi ciega idolatría
necesito un idioma misterioso
que no sabe la tierra todavía!
¡Piensa, mi bien, que sin tu amor, las horas
horas son para mí de amargo duelo;
con él serán, al resbalar sonoras,
la vida una ilusion y el mundo un cielo!»

XIV.

¡ALLÍ ESTÁ!

Donde las águilas tienden su vuelo,
donde se forma la tempestad,
donde se besan tardes y auroras,
mi nido está.

Soberbia roca, tanto se eleva
que el soplo aspira del huracan;
duerme en los brazos de blanca nube,
descansa en olas del ronco mar.

Perlas del cielo su entrada ciñen,
allí otras flores su esencia dan...
Ni las miradas torpes del hombre
allí se elevan, ni sus palabras
suben jamas.

Allí te espera de mis cantares
el blando arrullo, pronto á vibrar :
corona de astros tendrá tu frente,
que en torno gira la inmensidad.

Él es el nido de mis amores...
¡Ah, cuánto tiempo que solo está!
Son las poesías vuelos de un ave,
y yo llevaba siempre una hoja
de vivas flores, que están marchitas,
pero al contacto de tu hermosura
renacerán.

Sentí de penas la cruda herida,
miré del mundo la oscuridad,
y allí mi alma, cual un perfume,
logró llegar.

En donde vivan nuestros amores,
con aureolas de inmensidad ;
en donde aliente mi poesía
mi patria está.

Siento en mi mente cruzar estrellas,

y en mi cerebro su luz rodar ;
que astro es la idea, sol los amores,
y nunca laten donde las flores
viven un dia, y en polvo seco
se unen al polvo, que va pisando
la humanidad.

Vén hácia el nido de mis amores :
sobre otras rosas te dormirás :
¡vida del alma, si tú me amas,
vén, allí está!!

Dirá la historia de otros amantes
que levantaron sublime altar,
y venideras generaciones
allá en la noche mirando al cielo,
ante los rayos de dos estrellas
con voz eterna dirán al mundo...

«¡Ved, allí están!!!»

.....

XV.

BESOS.

Á TÍ.

Besan los ojos que miran,
cuando miran sin sosiego :
de un volcan, lleno de fuego,
son cráteres que respiran :
besan labios que suspiran
amor del cielo bendito...
y así es mi beso inmarchito,
porque un alma, bien templada,
puede, con una mirada,
dar un beso al infinito.

¿Qué son los tibios olores

que tú en los campos asumes ,
sino un beso de perfumes
que se dan todas las flores?
Los recuerdos movedores
del bien que llegó á pasar,
cuando nos hacen soñar
en divinas sensaciones,
¿qué son más, sino ilusiones
que nos vienen á besar?

Cuando dos séres no cesan
de cruzar su pensamiento,
¡ah, sí! preguntalo al viento...
¡son dos almas que se besan!
sus ayes al aire pesan,
porque, de un beso al rumor,
todo siente extraño ardor,
hasta el abismo profundo...
y es, porque se anega el mundo
en un diluvio de amor.

Cuando en los montes lejanos
los rayos del sol se inclinan :
cuando, al nacer, se reclinan

sobre mundos y océanos :
¿no oyes ecos sobrehumanos?
¿no sientes una explosion?
¿no entra vaga agitacion
en tu seno virginal?...
¡Es el beso universal
que palpita en la creacion!!

XVI.

CONFIDENCIAS.

A S...*

«Sombra eterna en la creacion
ó sol que alumbra á sí mismo,
quiere en vano la razon
penetrar el hondo abismo
del humano corazon.

Frases á mi labio doy
que puedan mostrarme á ti,
y ayer dudas, dudas hoy...
¿por qué te extraña, si soy
un misterio para mí?»

I.

Cierto dia, sus manos en mis manos,
su corazon latiendo junto al mio,

«quisiera ver—me dijo—los arcanos
que encerrará tu corazón sombrío.»

Ojos de fuego mi adorada tiene,
oscuras trenzas, seductor acento...
y así le dije, en voces que retiene,
mas sin poderlas comprender, el viento :

«¡ Ay! yo marché por sendas de amargura,
grande y pequeño al par, libre y sin calma,
sintiendo en mí de la región más pura
un rayo melancólico en el alma.

» Vago afan agitaba mis dolores,
amor, gloria y placer me sonreían...
y á lo léjos miraba hermosas flores
que nunca en mi camino se entreabían.

» Te vi, te amé; borrasca temerosa
turbó nuestros amantes corazones,
que, cual nubes en luz esplendorosa,
tienen sombras también las ilusiones.

» Osaron... ¡y hasta odié! Manchó el veneno

de la naciente flor las puras galas :
voló mi alma sobre escoria y cieno
y en el fango tambien manchó sus alas.

» Hoy quieres tú mi corazon ardiente
penetrar, sorprendiendo sus arcanos...
míralo pues... el libro está en mi frente...
¡pudieras tú cerrarlo con tus manos!

» Tiene el desierto ardientes arenales,
tempestades el mar y olas sombrías,
aquél, simouns y horribles vendavales,
éste, voces salvajes y bravías.

» Tiene la noche silencioso luto,
que el no sér de los orbes representa,
y es el rayo veloz triste tributo
que al temor del mortal da la tormenta.

» No quieras, no, buscando mi amargura,
las luchas ver del corazon sombrías...
que es desierto y es mar y noche oscura...
y al penetrar en él, te perderias.»

II.

Cierta noche, sus manos en mi frente,
fija en mí su mirada bienhechora,
« quisiera ver — me dijo — lo que siente
tu corazón de fuego que me adora. »

Tiene mi amada peregrino acento,
que recuerda otros séres y otras glorias,
y despierta en mi loco pensamiento
de algún perdido eden santas memorias.

Sus ojos son luceros encendidos,
es su boca fanal de su alma pura,
y así dijo mi voz en sus oídos,
mientras el aura en derredor murmura :

« ¡ Feliz transformación! La luz del cielo
cruzó mi pecho y penetró al abismo ;
huyó mi afán, huyó mi rudo anhelo,
y hoy me siento orgulloso de mí mismo.

» Amor me inspira el sol, amor el mundo,

amor la humanidad : cuanto respira
despierta en mí un afan noble y profundo
que grandes hechos á mi mente inspira.

» Odié ; no puedo odiar ! Almas vulgares,
no merecen por torpes nuestro encono...
llegué, al fin, de tu amor á los altares,
y hoy... los amo tambien y... los perdono.

» Templo á tu amor elevaré orgulloso,
inmenso, eterno, cual soñé sin calma...
como ambiciona en su delirio hermoso
la inmensidad espléndida del alma.

» ¡ Mi bien ! ¡ mi amor ! Tu imágen adorada
mira en mi corazon con firme asiento :
en él abrió la luz de tu mirada
las fuentes del placer y el sentimiento.

» Lo que era sombra es luz ; rayo fulgente
que brilla en nuestro cielo sin enojos...
y esa luz que da glorias á mi mente
sólo es la luz de tus divinos ojos.

» ¡Placer eterno tu delirio amante,
existir para tí, morir amando...
y al llegar de la muerte el negro instante,
juntos volar, la eternidad gozando.»

Tal dije ; mi adorada sonreia,
y con lánguidos ojos me miraba...
¡Á nuestros piés el mundo se dormia,
y el cielo en nuestras frentes palpitaba!

XVII.

Á S*...

Otros amores celebró mi lira,
cuando, abrasado en ilusion ardiente
el corazon, que por amor suspira,
se lanzaba del mundo al mar hirviente;
el engañoso bien, al pecho inspira
grave pesar ó hastío indiferente,
al trocarse despues su imágen cierta
en bien soñado y esperanza muerta.

¿Qué se hicieron despues? Ellos pasaron
sin dejar en el alma luz ni huella,
como en cielo, que nubes no empañaron,
brilla y se apaga engañadora estrella :
si sus gracias mis versos publicaron

en dulce són de lánguida querella,
si para tí no resonó mi lira,
¡mi inmenso amor en mi silencio mira!

Enmudeció mi voz, porque en tus ojos
todo el pöema de mi vida hallaba,
porque en los besos de tus labios rojos
gloria mayor, alegre imaginaba ;
porque en mi corazon largos enojos
tu virginal acento disipaba,
y todo lo absorbió, yá sin dolores,
la pura idealidad de tus amores.

Yo, cual planeta de encendido rayo
que busca espacio que inundar ardiente,
buscaba inmensidad, que, sin desmayo,
llenar pudiera mi fulgor naciente ;
en vez de flores de risueño Mayo
hallé espacios de sombras solamente...
¡y hasta el sol no brillára, de seguro,
si no fuera el azul tan limpio y puro!

Y, al verme henchido de placer ahora,
al tocar mi ilusion resplandeciente,

al ensancharse el alma soñadora
por un cielo de luz bello y riënte,
siento de nuevo despertar sonora,
cual eco grande de veloz torrente,
la voz del universo de poesía
que en mi cabeza indómita dormía.

Lo que pasó, ilusion : sueño engañoso
que puso ante mis ojos mi deseo :
mi corazon frenético , ambicioso,
alzando á realidad mi devaneo :
nubes, no más, que tu semblante hermoso
disipó para siempre y yá no veo...
¡Nubes que al alba su color robaron
y un vil seno de sombras ocultaron!

Tú hasta el alma penetras, como aroma
que sorprende al cansado caminante ;
tú, cuando el sol en el Oriente asoma,
lo inflamas con la luz de tu semblante :
tu mágico esplendor el orbe toma,
como ante tí confuso y palpitante...
Tú realizas mis locos desvarios,
¡y no hay sueños más grandes que los mios !

Porque es tu voz como el murmullo leve
del aura gemidora en la mañana ;
como el sonido melodioso y breve
de clara fuente que entre flores mana :
voz celestial que al corazon conmueve,
eco fugaz de gloria sobrehumana...
¡Yo extático la oí, y en un momento
á otros mundos voló mi pensamiento!

Y tiene el rostro de la bella amante
algo de rayos, como tiene el dia,
y sus ojos son cielo, en su semblante
lleno de luz, de amor y de alegría :
que nada existe á superar bastante
ni en belleza, ni en magia, ni en poesía,
á la dulce sonrisa, á la mirada
y al sí de la mujer enamorada.

Un ensueño purísimo, un encanto
indefinible á aquel que lo sintiera ;
el corazon, parándose, entre tanto
que sigue el pensamiento en su carrera :
así el amor, que enajenado canto,
misterioso, inmortal, por vez primera

avasalló mi loca fantasía,
horas brindando á la ventura mia.

Sí; tuyos son los ecos misteriosos
que mi turbado espíritu estremecen ;
tu aliento, los celajes vaporosos
que tiemblan en el cielo y desaparecen ;
son tu voz los sonidos armoniosos
que al caer de la tarde el globo mecen,
y es tuya la ilusion encantadora
que el cielo hermoso de mis sueños dora.

Tuyos, en fin, mis locos pensamientos,
que nunca valla á su carrera hallaron ;
los placeres, los vagos sentimientos
que en el fondo del alma despertaron :
tuyos son los sublimes movimientos
que mi dormido espíritu agitaron,
¡y tuyos son, en mi hondo desvarío,
el alma, el corazon y el canto mio!!

¡Angel de paz! Por tí, luz adorada,
bendigo una y mil veces mi existencia ;
por tí huyeron del alma fatigada

estéril pena, amarga indiferencia ;
sólo por tí mi mente deslumbrada
se eleva audaz á la divina esencia,
¡y hallo vigor en mí, firme y severo,
para mover el universo entero!!

Sueño el pasado sólo se me antoja,
gloria el presente, el porvenir luz bella,
porque es rosa tu amor, que no deshoja
el viento gemidor que duerme en ella ;
y nada temo del dolor que arroja
mi herido pecho, que borró su huella,
cuando, flotando encima de la vida,
feliz te miro, en mi ilusion, dormida.

¿Y hay quien sospeche que son vanas, tantas
ilusiones de amor, que el hombre crea?
¡Oh dulce bien, que al corazon encantas,
que para siempre junto á mí te vea!
Si ha de hundirse la tierra ante mis plantas,
si existe mi placer sólo en idea,
si es mentira el afan que al alma inspira
mi entusiasmo y mi amor... ¡yo soy mentira!

Tu vida, llena de mortal tristeza,
el ¡ay! cruel de la tristeza mia;
tus delirios de gloria y de grandeza
que igualó mi indomable fantasía;
tu eterno afán, que con tu vida empieza,
el afán incesante que me guía,
nuestros dos corazones insaciables,
ambiciosos de amor, incomparables :

Y ese tal vez de penas grave sello
que en tu frente marcó tedio del mundo,
y copia sólo, en tu semblante bello,
de mi existencia el anhelar profundo;
y ese inmortal, animador destello
que vi tus ojos inundar fecundo,
cuando nuestras dos almas se encontraron
y, unidas, á lo inmenso se lanzaron ;

Todo nos grita con sublime acento...
«¡Amad!...» El mundo, con su sol de oro,
la vida, con su eterno movimiento,
el aire vago en su vibrar sonoro :
¡amemos, sí! y unidos, el momento
llegue á los dos, que retardar imploro,

y, unidos nuestros labios con dulzura,
volarán nuestras almas á la altura.

Que no tiene el amor, si es verdadero,
espacio fijo, término ni muerte,
y se levanta sobre el mundo entero,
venciendo el tiempo, al dominar la suerte;
si es de la vida sueño lisonjero,
que nunca el alma en su ilusion despierte...
¡Nunca apagado á mi delirio ciego
tus ojos muestren su divino fuego!

¡Nunca... nunca!... ¿verdad?... Caerán las flores,
alfombra de la dulce primavera,
y llegarán los vientos bramadores
dando un manto de nieve á la pradera;
y pasarán, errantes moradores,
lanzando el mundo en su inmortal carrera,
y aún vivirá nuestra ilusion querida...
¡Que una vez, nada más, se ama en la vida!

XVIII.

DISTANCIAS.

Es el sueño imágen fría
de muerte que nos reclama...
Del pensamiento la llama,
que luce opaca y sombría,
ni un soplo de vida inflama.

¡Ay! es hermoso soñar
cuando la amarga existencia
no llega el alma á inquietar,
y á través de la inocencia
se ve el mundo caminar.

Mas causa anhelo profundo,
y eterno dolor sin nombre,

cuando el alma vuela á un mundo
que va dejando infecundo
la estéril planta del hombre.

Sueñas tú con vago ardor
de un cielo hermoso en la palma,
hallas en tí su esplendor,
que es su rayo luz de amor,
noble epopeya del alma.

Huye el sueño de mi mente,
y en su dolor solitario
parece mi loca frente
como un desierto calvario
donde una cruz hay pendiente.

Duermes, y el tenue ruido
de un insecto zumbador
despierta luégo tu oído,
y tornas al bien fingido
de este mundo engañoso.

Duermo, y agítase dentro
de mí, cuanta pena encierra

mi pecho, de dolor centro :
y es que tal vez ya me encuentro
confundido con la tierra.

Que, por azar de la suerte,
nos hallamos, en partida
fugaz para un mundo inerte,
tú, más cerca de la vida,
yo, más cerca de la muerte.

XIX.

LA PROMESA.

Tal vez no vuelvas á escuchar mi acento,
¡Tal vez un tiempo, que veloz camina,
Venga ¡oh padre! á ofrecerte una corona
De esas que viven, mientras todo espira!

(En la tumba de mi padre — 1871.)

Cuatro veces huyó la primavera
y árido invierno con su triste calma,
arrebataando en su veloz carrera
flores al campo y flores á mi alma.

Yo te ofrecí de mi soñada gloria
coronas, que juzgaba peregrinas...
Tú has visto los calvarios de mi historia :
¿qué te puedo ofrecer? ¡Una de espinas!

Ave que arrastra el viento en lo infinito,

de nuevo encuentro el sitio que te esconde :
leeré tu nombre, para mí bendito,
y volaré otra vez... ¡quién sabe á dónde!

Nunca, jamas en tu sepulcro amado
podré, rendido, detener mi vuelo...
Huyo léjos de aquí... ¡porque he soñado
otro mundo, otro sol... y hasta otro cielo!

Mi patria dejo al fin : con mano fria
mató mi corazon, torció mi suerte...
¡Yo este suelo quizas maldeciria,
si no cubriera tu ceniza inerte!

Su nombre olvidaré, pues que de nuevo
sombra me niega y bonancible calma :
¿qué me importa perderla, á mí que llevo
otra patria mejor dentro del alma?

¡Que no cubra mis restos! ¡No! este suelo
duro á mi sueño sin piedad sería,
y con peso de un mundo, bajo el cielo
por una eternidad me abrumaria.

Por vez postrera tu sepulcro miro ;
yo con rayos de luz quise bañarlo...
¡Se ahogó en mi pecho el último suspiro,
y con gotas de hiel vengo á regarlo!

Del comprimido mar salta á la arena,
en átomos deshecha, leve gota...
¡Ay! ¡de este mar de hiel, que me envenena,
sólo una chispa de mis ojos brota!

Mas no sólo conmigo y mis dolores
vengo á estas tristes naves solitarias...
en ellas se alzarán, llenas de amores,
en vez de una plegaria, dos plegarias.

¡Mírala aquí! Su ruborosa frente,
su tímido mirar, su paso incierto,
dicen que está su espíritu inocente
á tu paterna bendicion abierto.

Ella es último sueño que me halaga,
ella es del alma la ilusion postrera,
ella es sol que no muere ni se apaga...
¡ella es la que elegí por compañera!



Cual árabe, entre fieras y crueldades,
llega á su tienda, en que reposa luégo,
yo, en pos de las mundanas tempestades,
hallo en sus brazos bienhechor sosiego.

Hoy hácia tí la arrastro, conmovida,
á que tu eterna bendicion demande...
¡Padre! ¡No hay en las luchas de mi vida
momento más solemne ni más grande!

¡Tú lo sabes! Tu nombre, que adoramos,
es digno de estos hijos doloridos...
¡Y ¡ay! errantes y tristes caminamos
por la infame calumnia perseguidos!

¡Padre, di! ¿No es verdad que desde el cielo,
no es tu sangre esa sangre, airado dices,
y en tu imponente y en tu justo anhelo,
como yo los maldigo, los maldices? .

¿No es verdad que el martirio que recojo
me obliga á repeler tanto veneno,
y en estos pobres versos los arrojo
á la posteridad, llenos de cieno?

¿No es verdad que sus nombres algun día
serán vergüenza de la raza humana,
mientras llena los aires mi armonía,
de su asqueroso polvo soberana?

¿No es verdad que del tiempo en la memoria,
airado, como yo, tú lo retumbas,
caerá mi nombre y pesará mi historia,
cual una maldición, sobre sus tumbas?

¿No es verdad que su anhelo torpe y necio
tu noble sepultura ha conmovido,
y, despues de arrojarlos al dèsprecio,
los hundes para siempre en el olvido?

¿Y no es verdad tambien que amante gimes,
del mármol surges con angusta calma,
y tu paterna bendicion sublime
entra, llena de luz, en nuestra alma?

.....

¡Ah, sí! Tus manes mi valor elevan...
¡En la tumba de un padre no se miente!

¿Por qué los séres, al vivir, no llevan grabadas sus historias en la frente!!

¡Luché!... ¡vuelvo á luchar! No agita el viento la densa bruma que en la tierra gira: si la nube que cruza el firmamento y á elevarse hasta Dios acaso aspira.

Como el águila en alto temeroso cuelga su nido y mide soledades, el nido de mi amor colgué orgulloso, mecido por terribles tempestades.

Hasta la dulce y celestial poesía, que en el genio alimenta blanda llama, como antorcha fatídica y sombría por mi extraño cerebro se derama.

Yo necesito roncros vendabales, cárdenos rayos que mis ojos cieguen, de tormentas los ecos inmortales, océanos de fuego que me aneguen.

¿Y creyeron? ¡Ja... ja! ¡Si es mi elemento!

¡ Si necesito respirar fiereza!...
¡ Si es mayor que su vil ensañamiento
la tempestad que llevo en mi cabeza!!

¡ Sí, lucharé! La sombra vence al día
y éste surge otra vez : ¡ olvido... ó gloria!
¡ Quién sabe en esta bárbara agonía
el camino que lleva á la victoria!

¡ Padre! Tu santa bendicion me llena
y enardece de nuevo el pecho mio...
¡ Nunca en tu tumba escucharás mi pena!
¡ Es el último adios el que te envío!

Si no puedo alcanzar alto renombre,
serán tus hechos mis mejores galas...
¡ Tu nombre cubra mi agitado nombre!
¡ Tu espíritu me ampare con sus alas!

Sevilla.

XX.

¡ 12 DE ABRIL DE 1875 !

I.

(Á MI CORAZON.)

Polvo fugaz para llorar formado,
roca soberbia que abatió el dolor,
¿cómo esperaste venturosos días,
si para tí no existen, corazón?
Ella pasó cual rápido cometa
que arroja melancólico fulgor...
¡Era un cielo de luz, que se entreabria!...
¿Cuándo un cielo á mis ojos se mostró?
¡Hija mia!... ¡oh dolor! ¡Ay! ¿Quién dijera
que iba la muerte de tu huella en pos,
como la nube rencorosa y triste

que avara intenta oscurecer al sol?
¡Quién me dijera en el feliz instante
en que tu puro labio sonrió
por vez primera, que tan grato anuncio
era de pena tanta precursor?
La sonrisa en tu labio fué una aurora...
¡Cuán cercana la noche apareció!
¡Sueños dichosos de mi edad primera,
delirios de la santa inspiracion,
antorcha de esperanzas inmortales,
astro divino de un eterno amor,
rayos de gloria, mi mayor deseo,
pasad, pasad... yá todo terminó!...
Los lazos que á la vida me ligaron
rotos contemplo con piedad y horror,
y cual cuerpo arrojado en el vacío
mi infortunio entre sombras me arrojó.
Donde os guardaba, cual perfume santo,
en mi seno, en mi alma, en mi razon,
no hay más que un ataúd, que yá un cadáver
para siempre en su fondo sepultó...
¡ Muerte, vén! ¡Te aborrezco... y te deseo!!
La inmensa soledad de mi afliccion
á tí me arrastra, como á leve arena

en el desierto el aire abrasador.

¡Por qué la vida cuando el alma muere?

¡Vén hácia mí!... Mas ¡ay! perdon, perdon;

madre del alma, idolatrada esposa,

madre infeliz que lloras como yo

vosotras flores sois de la existencia

de este seco y estéril corazón...

¡Dejad que en vuestro seno hunda mi frente,

que así, entre rosas, moriré mejor!...

II.

(AGONÍA.)

¡Madre de un Dios Redentor!

al sentir mi desventura,

yo adiviné tu amargura

y comprendí tu dolor.

¡Vedla allí! la voz materna

en vano triste la nombra...

la noche extendió su sombra,
¡oh qué noche tan eterna!

Sólo un gemido, un rumor
el aire en silencio mece...
¡allí una luz se oscurece
envuelta por el dolor!

Tan sólo el cielo sus galas
cual nunca hermosas, renueva,
y el aire atónito lleva
blanda música de alas.

Y es que á un alma bella y pura
senda de luz abre el cielo ;
es que se entreabre en el suelo
una nueva sepultura.

Es ¡oh Dios! que á un tiempo mismo
nos separa espesa nube...
¡Ella sube, sí, ella sube...
y yo desciendo al abismo !!

Opaca, siniestra luz

esta existencia ilumina,
donde cada sér camina
con el peso de una cruz.

¡Esposa, madre... llegad!
de sombras mi alma se llena...
¡Ojos, que veis tanta pena,
cegad por siempre, cegad!

Dejad que bese en mi ardor
esos labios, que se enfrían ;
¡labios ¡ay! que me dirían
tantas palabras de amor!

Dejad que mire sin calma
el cielo que estoy perdiendo...
¡parece que está muriendo
al mismo tiempo mi alma!

¡Haz, oh Dios, que por fortuna
nada mire, nada sienta...
que no escuche la tormenta
que pasa junto á su cuna!

¡Cierra los ojos!... ¡María!...
¡Espira, oh cruz del dolor!
¡Virgen Madre, luz y amor,
yo no puedo con la mia!!!

.

III.

(SOLEDAZ.)

Sentí cerrar el ataúd sombrío,
y un adios triste parecióme oír...
sordo rumor de pasos que espiraban
á lo léjos sentí.

Pasaron horas; funeral silencio
que ni una voz lograba interrumpir...
llegó la noche silenciosa y fría...
¡qué sola queda allí!

Del cementerio hácia el camino oscuro

n-90

Neopuericia
(subd)



sentí mi alma con vigor partir...
si ella está sola... tú, corazón mio...
¡qué solo estás en mí!

IV.

(LAS ALMAS.)

¡Pobre mujer! Enjuga el llanto acerbo
que en tus mejillas derramó el dolor...
mares y espacios, mundos y armonías
poblados de almas nos repiten: «¡Dios!»
Roto en pedazos estará tu seno,
como el mío tendrás tu corazón...
Pero... vén!! En el cielo, entre los astros,
¿nada tu mente enardecida vió?
Yo en mi espíritu siento su existencia,
vibra en mi oído su adorada voz...
¿ves esa estrella rutilante y pura?
de su mirada es cándido fulgor;
¿oyes las hojas que en el árbol gimen?
¿veces tuyos que el viento recogió!
¡No, no puede morir! Vive en mi pecho,
en tu materno y dulce corazón...

Une ¡oh mujer! tus labios á mis labios,
como otros tiempos de placer y amor,
¡y sentirás que su alma se interpone
y aspira, en uno, un beso de los dos!!
Pasa tal vez á nuestro lado ahora...
siento la tierra palpitar de amor...
¿oyes, cual yo, su celestial acento?
«¡ Sí, me veréis!... ¡séres del alma... adios!!!»

Abril, 28, 1875, Madrid.

XXI.

Á LA TUMBA DE MI HIJA.

Tumba, que en polvo deshecho
guardas cuanto yo perdí,
¿está sepultada en tí
ó sepultada en mi pecho?
¿Qué has hecho, dime, qué has hecho
del astro que me lucia,
de sus ojos, luz del dia,
de sus labios tembladores,
nido de besos y flores
en donde mi amor vivia?

No la ha merecido el suelo :
cuando tú la recibiste,
tumba, ¿cómo no te abriste
para presentarla al cielo?

¡Devuelve á mi justo anhelo
de mis delicias la palma!
Tú le ofreces sombra y calma
dormida en tus brazos frios,
y yo le ofrezco en los mios
vida, movimiento y alma.

¡Si la desea mi quebranto!...
¿Y lo preguntas siquiera?...
Para darle mi alma entera,
para anegarla en mi llanto ;
¡para enseñar con espanto
mi cruz al orbe y mi duelo ;
para remontar mi vuelo
del águila tras la huella,
y esconderla en una estrella
y sepultarla en el cielo!!!

¡Años de mi edad temprana,
ricos de luz y de flores,
cuán lleno estaba de horrores
vuestra espantoso mañana!!
Inspiracion soberana
que al porvenir me impelias,

¡quién dijera, en otros días,
que el ave de edad futura
diera en una sepultura
sus mejores armonías!

A mi lado, indiferente
el hombre cruza y se aleja;
sorda á mi voz y á mi queja
es la creacion inclemente....
¡Madres, que veis dulcemente
al hijo de vuestro amor,
que no anhelais otra flor
ni glorias más peregrinas...
¡vosotras, almas divinas,
comprenderéis mi dolor!!

¡Oh Dios! ¿Me diste tu acento
para cantar solitario,
y en un cipres funerario
llenar de quejas el viento?
¿Las alas del pensamiento
soberbio y dominador,
las diste á mi noble ardor
para que al genio subiera,

ó para que así midiera
lo inmenso de mi dolor?

Como eterno Prometeo
á la roca encadenado,
á mi corazon atado
correr mi existencia veo ;
y, si mi pecho golpeo,
de su cavidad sombría
surge una voz triste y fria
cual sonido de ataudes,
que dice á mis inquietudes
«¡ Hija del alma, hija mia!!! »

¡ María!! ¡ Luz de un momento!
¡ Si oyérais ! ¡ con qué armonía
ese nombre de María
resuena en mi pensamiento!
Flores, árboles y viento
lo arrancan á mi memoria ;
es página de una historia
que un mar de lágrimas cierra...
¡ Cómo se inunda la tierra
de un solo instante de gloria!!

¡Tuya es! ¡Oh tumba triste
de mi ilusion fuerte muro ;
madre, que en tu seno oscuro
con piedad la recogiste!
flores, que el luto reviste,
cubran tu mision severa...
Velar con ellas quisiera
su sueño inmóvil y eterno,
mas ¡ay! ¿cuándo dió el invierno
flores á la primavera?

¡Quién sabe! tal vez mañana
venga á pedirte lugar...
¡Y ella no puede llorar
en mi ceniza liviana!
De la region soberana
que habitará su alma pura,
me cubrirá de ventura,
mientras su mirada bella
en el fulgor de una estrella
bañará mi sepultura!

XXII.

EPITAFIO.

«Padres, que igual agonía
en esta vida encadena,
¡mirad cuál será mi pena!
¡Era mi hija!»
¡Hija mia!!!

XXIII.

TRES LÁGRIMAS.

¡Francisco Escudero y Perosso!

«¡ Venid— dijo la vida —venid y un sér formemos
de los que son más tarde del mundo admiracion!
naturaleza, genio, virtud, bondad y gloria,
templad de vuestros rayos el más fecundo ardor.»

— «Yo — la naturaleza manifestó galana —
haré tu rostro emblema de noble majestad.»

«La antorcha que no muere—el genio dijo entónces—
su jóven pensamiento por siempre inflamará.»

—«Yo le daré virtudes.»—«Yo el fuego de la idea.»—
Virtud severa y ciencia, gritaron á una voz. —

«Yo—dijo el sentimiento—cual fuente entre las flores,
he de brotar eterno allá en su corazon.»

— « Mis alas poderosas ampararán su vuelo;
á mi divino templo su nombre llevaré.....
Abrumarán coronas su pensadora frente—.....»
la gloria dijo entónces, cubierta de laurel.

.

«¡Ah, no,—rugió la muerte con rencoroso acento
yo en medio su camino su tumba haré cavar :
la cubriré de flores, le ocultaré el abismo,
y en la fatal pendiente su pié resbalará.»

XXIV.

TRES LÁGRIMAS.

¡Tassara!

Arte, religion sublime
que el hombre á Dios encadena:
genio, luz que el orbe llena
y vivifica y redime:
el Arte su huella imprime
en cada edad de la historia,
y del genio á la memoria
no alcanza nuestra mirada
tierra, que no esté impregnada
de su sangre y de su gloria.

Alma del genio creador,
es chispa avasalladora;

se confunde con la aurora
y se entreabre en la flor ;
en el viento gemidor
nos habla con voz secreta,
ruge con la mar inquieta,
vivir opresa no sabe...
¡y es porque el alma no cabe
en la frente del poeta!

Doquiera el Arte respira,
doquiera imprime su planta,
reza y gime, llora y canta,
es la creacion que suspira ;
al lienzo que nos admira
presta formas ideales,
late en himnos inmortales
del cielo en la eterna cumbre,
y, con grave pesadumbre,
abruma en las catedrales.

La creacion, ántes inerte,
á su contacto se inflama :
del sol enciende la llama,
trasforma en vida la muerte :

inclinase ante él la suerte,
esclava de su albedrío...
¡sin él fuera, opaco y frío,
el mundo, lleno de horrores,
altar sin luz y sin flores
en el templo del vacío!

Cuando, con su luz intensa,
ilumina un pensamiento ;
cuando, altivo, toma asiento
en un cerebro que piensa ;
cuando de la suya inmensa,
da á un poeta majestad,
absorta la humanidad
se postra á sus piés de hinojos,
porque ve un sello en sus ojos
de abismo y de inmensidad.

¡Tassara! su rayo ardiente
iluminó tu cabeza :
él levantó á su grandeza
régio alcázar en tu mente :
suerte contraria, vilmente
te arrebató el galardón,

pues para alzar tu cancion
de España al primer asiento,
ni te faltó pensamiento,
ni te faltó corazon.

Y tú, que en entrambas zonas
recoges lauros prolijos ;
madre, honrada por tus hijos,
que á tus hijos abandonas ;
Sevilla, que no coronas
genios, que al mundo has lanzado,
genios, á que has prodigado
indiferencia cruel...
¡ cíñete un nuevo laurel
que va en lágrimas regado !

Honra del suelo español,
rayo fué de la tribuna ;
sus palabras, una á una,
llevaban chispas del sol ;
de amor patrio en el crisol
probó sus años mejores,
y ante extranjeros rencores
alzó libre y respetada

la patria enseña, cercada
de rayos y resplandores.

Alma desterrada y sola,
cruzó el mundo sin consuelo,
dando luz á extraño suelo,
léjos de tierra española :
del dolor la hirviente ola
aquí lo volvió sin calma,
mas de su gloria la palma
áun el suelo extraño oprime,
« porque era grande y sublime
la presencia de su alma. »

Él sus cantos elevó
con noble acento profundo,
y lo que cantó en un mundo
en otro mundo vibró ;
sus ecos no percibió
la Europa, que va á morir ;
no le pudieron seguir
razas que el oprobio agotan...
¡ Sólo en América flotan
los ecos del porvenir !

Tal vez supo, al espirar,
cuánta gloria ha merecido,
y de su patria el olvido
pudo su mente inquietar :
errante y sin patrio hogar
lo arrastró influjo severo,
mas en su instante postrero
ese tormento roedor,
no fué su primer dolor
ni el desengaño primero.

No busqueis con inquietud
lauros; que otros ambicionen ;
¡no hay laureles, que coronen
el talento y la virtud!
del genio la excelsitud
coronas no necesita...
Flores de esencia finita
no son de su gloria emblema :
vivo, su frente las quema,
muerto, el mármol las marchita.

¡Ay! trémulo se extinguió
aquel acento divino :

inexorable el destino,
el polvo al polvo entregó;
mas... bien hizo, si cortó
su altivo y gigante vuelo,
que si por siempre en el suelo
renovase su armonía,
límite no existiría
entre la tierra y el cielo.

Dadme ¡oh campos! flores bellas,
dame ¡oh sol! tu rayo ardiente...
quita ¡oh noche! de tu frente
una corona de estrellas.
Al són de blandas querellas
cubrid su ceniza inerte;
y pueda, en trance tan fuerte,
la humanidad conmovida,
ver cómo oficia la vida
en los templos de la muerte.

XXV.

TRES LÁGRIMAS.

¡Fernandez Espino!

Á SEVILLA.

¡Llora! Tu duelo nefando,
triste patria, bien comprendo :
Es justo que estés llorando...
¡cuántos nombres van pasando!
¡cuánta gloria ves huyendo!

Terrible mano convierte
los laureles de tu historia
en monton de polvo inerte,
y tus enseñas de gloria
en estandartes de muerte.

Ayer, la luz soberana
de dos astros, que áun lloramos :
hoy, ceniza inerte y vana
el maestro, que admiramos...
¿Qué tumba se abre mañana?

¿Por qué puso suerte cruda
entre la vida, sus nieblas,
en el bien, la pena aguda,
cerca del sol, las tinieblas,
y junto á la fe, la duda!

¡Noble amigo! Un mundo inerte
te brindó seno infecundo...
pero es tan alta tu suerte,
que hasta tu sueño de muerte
hará vivir á ese mundo.

Que nunca se apaga el día
porque se esconda lejano,
y, aunque duerma en calma fría,
nunca muere la armonía
que ántes alzó el Océano.

Porque el genio, cuando espira,
más alto sube quizás,
y es, cual sol que al écnit gira...
¡mientras más alto se mira
más ciega y deslumbra más!

¡Sevilla! ¿A qué mis clamores?
¿A qué mi canto infecundo,
pobre de notas mejores,
si tú sola tienes flores
para coronar al mundo?

Su acento en tí ha de vivir...
áun el eco pienso oír
en el aire que suspira...
¡como no lo vi morir,
áun me parece mentira!

Sólo suplicarte ansío
que viva en tu noble historia,
en tu atmósfera, en tu río,
¡como vive en mi memoria
y en el pensamiento mio!

PARTE SEGUNDA.



REVOLUCION.

XXVI.

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

¿Lo veis? Astro gigante,
en desbordada lumbre se derrama...
Nace, y vertiendo resplandor fecundo,
los ámbitos del mundo
al puro fuego de su rayo inflama.
¡Divina libertad! Trémulo el labio,
amante el corazon, mi voz te nombra...
¡Águila soy que ardiente y altanera
tiende su vuelo en ignorada esfera
y ante la azul inmensidad se asombra.

Esclavo envilecido,
del viejo Nilo en el primer imperio,
en ocioso letargo sumergido,

pudo el hombre tal vez, yerta la mente,
en bajo polvo sepultar su frente.
De uno al otro hemisferio
la humanidad entera, yá vencida,
sufrió en silencio el afrentoso yugo ;
de libertad el templo sacrosanto
vaciló con violenta sacudida,
y, cual muro que se abre y se desploma,
del orbe ante el espanto
hundióse luégo con fragor en Roma.
Y todo sucumbió ; Roma guerrera
de sus glorias envuelta en el sudario,
rodó á la tumba, y agitado el hombre
se alzó de nuevo, pronunciando un nombre
que tiene escrito la creacion entera.

Aun la cumbre del Gólgota sostiene
una Cruz, que en sus hombros reclinada,
parece, sobre el mundo levantada,
que en pedestal de siglos se mantiene.
En ella el viento recogió medroso
del Redentor el último suspiro...
El pueblo su dolor escarnecía
con impiedad sin nombre...

¡Y es porque en su locura no sabía
que al aplaudir la afrenta de aquel hombre
era su redencion lo que aplaudia!!

Allí brotó de libertad el grito
que sorprendió al tirano en su desmayo...

¿Quién puede en la region de lo infinito
ahogar el trueno y contener el rayo?

En las hondas cavernas de los mares
sonó el grito de gloria con estruendo ;

el eco fiel lo repitió en la sierra
y en la extension inmensa de la tierra
palpitó, las naciones conmoviendo.

.

De los siglos la planta voladora
nueva senda, hasta entónces ignorada,
marcó despues con luminosa huella ,
y otra edad más feliz y pensadora ,
de ardor henchida, caminó por ella.

Miro á Colon , cual genio soberano,
lanzarse audaz tras la vision de un mundo
en medio del atónito Océano :

contemplo á Guttenberg, con ánsia loca,
multiplicando en signos escondidos

los fugaces sonidos
que nos arranca el viento de la boca :
rompiendo á Franklin de la nube el seno,
disputándole el rayo poderoso
que arrastra en pos al irritado trueno ;
y entre sombras despues pasar y hundirse
del arte el resplandor que al mundo guia,
y el lejano fulgor de incierto dia
en turbulentos mares sumergirse ;
y pasar y morir generaciones
en infecunda y desigual pelea,
¡y entre el ronco fragor de los cañones
morir el hombre y renacer la idea!

Sí, tú tambien, España, patria mia,
hija feliz del genio y de la gloria,
tú tambien escribiste en negro dia
páginas de dolor, borron eterno,
de tu brillante historia.
Pendiente de tus armas la victoria,
te vieron las naciones
sostener con vigor sobre tus hombros
la honda lucha de cien generaciones.
¡Y desbordarte cual veloz torrente,

y el mundo dominar de zona á zona,
y ceñir, sola digna de tu frente,
el cielo entre dos mundos por corona!
Y enfrente de tu gloria, el despotismo,
coloso infame, que con faz severa
traidoramente el corazon te heria,
¡arrojaba tus hijos á la hoguera
y en holocausto á Dios los ofrecia!

Funesta herencia, al espirar los siglos,
nos legaste á traves del Océano,
para mengua y baldon de las edades
y deshonra del suelo castellano.
Una raza infeliz, que de la noche
la imágen fiel en su semblante lleva,
áun gime esclava; ¡esclava, cuando el mundo
culto sagrado al pensamiento eleva!
Raza que un tiempo relegó al olvido,
que tiene un alma para amar creada
y un corazon para sentir nacido.
Raza que nunca, nunca cambiaria
por el poder de tronos soberanos
mirar aparecer tan sólo un dia
el sol de los desiertos africanos.

¡Alzad, hermanos! La esperada hora
señala el tiempo, y con sonido fuerte
en el espacio vibrará sonora
palabra misteriosa, traspasando
el dintel solitario de la muerte.
¡Yo la escucho sonar! ¡Miro afanoso
desparecer la odiosa servidumbre,
las guerras, los horrores!...
¡Más puro nuestro globo y más glorioso,
lanzando deslumbrantes resplandores,
rodára entónces por la excelsa cumbre!

¡Oh, sí! ¡Que llene mi agitado acento
los ámbitos del cielo y de la tierra!
¡Que entre sus alas lo recoja el viento!
¡Que estalle el grito ¡libertad y gloria!
grabándose del mundo en la memoria!
¡Que el orbe entero sólo
se incline en los altares de la idea,
y en cuanto alumbra el sol, de polo á polo,
que libre el hombre para siempre sea!

XXVII.

LAMARTINE.

Del cielo el ángel, caído
por soberana sentencia,
de una fe, de una creencia
pudo ser el elegido :
amó... sufrió... perseguido
en el desierto espiró...
y cuando así concibió
el poeta aquella historia,
él fué el astro de la gloria
que desde el cielo cayó.

XXVIII.

LA NUMANCIA.

¡El mar! ¡Con qué magníficos cantares
se estrellaba en las costas españolas,
que fueron para él templos y altares!
¡Con qué dolor hoy día
se acerca á nuestras playas murmurando,
y en su salvaje y cóncava armonía
parece estar alzando
himnos de lucha y ecos de agonía!
Con sin igual fiereza
vibre mi acento con el tuyo á solas...
¡Voy á cantar recuerdos de tus olas!
¡Dame, oh mar, tu sonido y tu grandeza!

¡Ay, yo lo vi! La luz se oscurecía...

Un sangriento jiron de roja lumbre
el cálido horizonte parecia,
de lentas nubes y vapores lleno...
¡Tambien el cielo, ante la lucha impía,
tiene de sangre y desgarrado el seno!
Cercada de montañas,
de mil horrores y de incendios llena,
parecia la hermosa Cartagena
hundida de un volcan en las entrañas :
cruzaban el espacio,
cual rápidos cometas desprendidos,
globos enrojecidos
deshaciendo en el aire luz sombría...
¡Férreas estrellas, de órbitas de fuego,
que el hombre forma y que la muerte envía!

Ni un astro, ni un acento...
De vez en vez la oscuridad se rompe,
cual si las sombras con terror huyeran :
parece que el espacio se dilata
ante la luz sombría
torpe remedo del glorioso dia :
habla el cañon, con voz que alumbra y mata,
y de esa vil tormenta, que los hombres

en sus propios rencores sorprendieron,
estallan los relámpagos sin nombres :
hiere el fulgor los senos de la nube
que se extiende cual fúnebre mortaja...
mas no es luz de un relámpago que baja;
¡es la luz de un relámpago que sube!
No es terrible mirada del Eterno,
que llena de inquietud los corazones...
¡es la loca explosion de sus pasiones
que levanta Luzbel desde el infierno!

Luégo silencio, sólo interrumpido
por el pausado y tardo
de armas y hombres sin igual ruido :
y allá léjos, muy léjos,
al resplandor de rápidos reflejos,
recóndito estallar de rota bomba,
veloz caer de fábrica altanera,
que otros hombres y siglos respetaron,
con el fragor de un mundo que se hundiera.

¡Gran Monroy! Si estos dias
por tu infortunio hubieras alcanzado...
de tu patria ante el seno desgarrado

¡con qué fúnebre acento cantarías!

¡Patria! ¿Sonó la hora
de tu completa muerte y tu ruina?
¿Te impulsa alguna mano vengadora?
¿Dios, es que Dios, ante los grandes pueblos
para ejemplo terrible te destina?

.

Del ronco mar en la soberbia frente
se mece *La Numancia*, que, altanera,
nota quizás que faltan en la esfera
mares ante su paso. Lentamente
sobre la ola que, temblando, canta,
se inclina sin vigor, como rendida
al peso abrumador de infamia tanta.
¡Ella, la grande y poderosa nave;
la que en el mundo del valor no cabe;
la que, rompiendo incontrastables olas,
sustentaba gallarda en otros días
el peso de las glorias españolas!

Yá acabada la obra
de destrucción y de esterminio ciego,
á la fuga veloz se aprestan luégo,

¡que no hay valor donde virtud no sobra!
Sobre los altos muros
arrastrando un cañon, la muchedumbre
se abalanza con pasos inseguros,
la fuga de sus torpes capitanes
tratando de impedir... ¡Oh, qué vergüenza!
¡Tú huir, nave orgullosa del Callao!
Pálida, del color de sus afanes,
una débil mujer álzase en ella
el cielo contemplando,
cual si buscase el rayo de una estrella.
Dos tiernos niños de espantado rostro,
asidos á sus brazos y temblando
llenan del cuadro la inquietud cobarde...
De improviso la madre abre sus brazos...
«¡Esposo — grita — compasion!...» ¡Es tarde!
Truena el cañon : al cárdeno reflejo
el débil grupo hasta el abismo rueda,
y el abismo sombrío
sobre el grupo infeliz cerrado queda,
como la piedra de un sepulcro frio.

¡Eso hicísteis allí! Con torpe mano
la familia, el amor, el santo nombre

de la patria inmortal hundísteis fieros :
¡por eso ronco hervia el Océano!
¡por eso canta el mar en su armonía
allá en la noche fria,
quién era esa mujer, que agonizaba!
¡Era hogar, patria, amor, cuando se alzaba!
¡Era la libertad cuando se hundia!

¡Pueblos! Del árbol los benignos dones
no renacen de nuevo
si el rayo rapidísimo lo hierde :
¡no renace jamas en las naciones
la libertad, cuando en el crimen muere!!

XXIX.

EL SIGLO Y EL POETA.

EL POETA.

¿Quién soy? ¿Acaso he nacido
del mundo en las tempestades,
ó debo el sér al amor
de una nube con un ángel?
¿Debo remontarme al cielo,
debo á la tierra inclinarme,
ser huracan que la azote,
ser brisa que la embriague,
flor de cándidos aromas
ó astro de luz deslumbrante?
¿Qué misterioso conjunto
vive en mí ó en mí renace,

de arpas que, temblando, vibran,
de mundos que se deshacen,
de espacios llenos de sombras,
de átomos de luz brillante?
¿Es la humanidad mi lema,
es su dolor mi lenguaje,
ó mis propios sentimientos
y mi dolor inmutable?

EL SIGLO.

¡Poeta! ¡Vaso sagrado
donde el fuego de Dios arde!
no naciste del amor
de una nube con un ángel:
debes tu existencia al choque
de cuanto en el mundo nace,
de cuanto pasó muriendo,
de cuanto será más tarde:
amor, dudas, ilusiones,
esperanzas inmortales,
pasiones, luchas, recuerdos,
tinieblas, luz, tempestades,
ráfagas de lo futuro,

luz que no puede nublarse,
sombras que no se divisan,
polvo de muertas edades :
ese rumor misterioso
que sientes en tí agitarse
son armonías, son ecos
dulces, severos ó graves,
que en tí reproduce entera
la creacion al inflamarse ;
son quejidos de placeres,
son rugidos de combate,
sonrisas de la mañana
y tristezas de la tarde.
¿Quién te señala camino?
¿Quién, quién podrá señalarle
al volcan que ronco estalla,
al huracan indomable,
al torrente impetuoso
ni, en los espacios, al ave?
Mas ¡ay! la patria y el hombre
tan sólo tu labio cante,
si aspiras á esos laureles
que no pueden marchitarse.
Canta ese monstruo de hierro

que vence montes y valles,
y los hilos que atraviesan
las naciones y ciudades,
camino del rayo dócil;
ó el grueso y profundo cable
que hizo bajar la palabra
al corazon de los mares :
ellos son la inteligencia
siempre en marcha infatigable ;
cumbres son que el pensamiento
va descubriendo gigante,
buscando siempre otra cumbre
más alta donde elevarse.
Canta... mas ¡ah! que el poeta
nunca su ventura aguarde,
porque en la misma poesía
tiene el genio lo bastante
para ser eterno al mundo...
y tambien para ser mártir.
Que es muy grande su mision,
que es su gloria inmensa y grande,
y no es raro cueste mucho
destino que tanto vale.

XXX.

AL EJÉRCITO LIBERTADOR DE BILBAO.

(2 de Mayo de 1874.)

Truena con bélico són
el bronce que muerte envia;
ronca y salvaje armonía
lanza al espacio el cañon...
¡ callad!... sagrada mision
dice en su voz, sin desmayo,
y en su poderoso rayo
van envueltos, á millares,
glorias que cantan los mares
y alientos del Dos de Mayo.

Entónces, con fiero ardor

cavó España en sus llanuras
silenciosas sepulturas
al orgulloso invasor;
y aquel genio del valor,
que estrecho el orbe creía,
aprendió sólo en un día
cuán pequeño su afán era,
ante la nación guerrera
que en dos mundos no cabía.

Más tarde, con fuerte acero,
en el hondo mar lejano,
humilló de un pueblo hermano
el pabellon altanero:
de gloria el sol lisonjero
mostró su inmortal belleza,
y el mar, que en ruda fiereza
sustentaba sus navíos,
domó sus cantos bravíos
ante la hispana grandeza.

Hoy, como fantasma frío
que en la noche se agiganta,
de su tumba se levanta

el despotismo sombrío;
su arrogante poderío
se esconderá en noche oscura:
larga y terrible locura
en su propio mal concentra...
¡es el pasado, que encuentra
estrecha su sepultura!

Cavadla con firme empeño,
como su altura señale,
y tan sombría, que iguale
la oscuridad de su sueño :
no temais adusto ceño...
del mundo para baldon,
áun del hombre la razon
luz del acero recibe,
¡y el pensamiento se escribe
con el fuego del cañon!

¡ Héroses de la libertad,
dormid sueño reposado!
¡ en la tumba del soldado
renace la humanidad!
triste, afrentosa verdad

que en premio á esfuerzo tan bravo,
de la gloria en menoscabo,
que vuestra ceniza siente,
¡la misma tierra sustente
las del libre y del esclavo!

Madres, que en afan vehemente
devorais vuestros dolores:
vírgenes de los amores,
¡ay! llorad eternamente:
de lágrimas el torrente
es de la gloria el crisol,
y al pié del lauro español
tantas lágrimas cayeron,
¡que sus ramas se extendieron
como los rayos del sol!

¡Patria! con dolor sin calma
correr tu sangre contemplo:
¡cada gota tiene un templo
en lo profundo del alma!
al despotismo la palma
disputas con noble afan...
sus viles hordas huirán

ante el sol que claro sube...
¡que en vano intenta la nube
detener al huracan!

XXXI.

LA TUMBA Y EL CADALSO.

A la tumba sombría,
así el cadalso habló con voz severa:
« ¡ Con qué calma tan fría
guardas los restos de los muertos séres,
ó tu hambre vil, á que se rinda espera
la vida de hoy, ceniza venidera! »

« ¡ Muy triste es mi mision! — dijo la tumba
con esa débil voz, seca y cansada,
que tendrán los espacios de la nada.—
Mas ¡ oh cadalso! ¿y tú? Yo blanca losa
extiendo sobre el sér en grata calma,
como diciendo: ¡lo que aquí reposa
de esta misma blancura tuvo el alma!

entre tus negras garras
una existencia con furor desgarras...
No sólo apagas el fogoso aliento
del triste, que en su seno se reclina
como un árbol tronchado por el viento:
marcas su rostro con baldon latente,
y al ahogar en tus brazos su suspiro
das sepulcro á su honor eternamente.
¡Cuántas frentes de rosa
llevaron, abrumadas, la cadena
de su inocencia celestial y hermosa
y de la culpa ajena!
¿Y respetaste acaso la hermosura?
¿Respetaste el valor? ¿No hollaste impío
ninguna frente virginal y pura?
¿A los golpes del hacha vencedores
no cayeron gargantas de alabastro,
que debieron ceñir perlas y flores?
¿No rodaron cabezas algún día
de igual modo tal vez que rodaria,
lleno de luz, por el espacio un astro?
¡Responded, Estuardas y Bolenas!
Sí, responded por mí, sombras serenas,
honra y prez de Castilla,

¡ valiente Maldonado, gran Padilla !

¡ Tus nombres, son cadalso, y cruz y hoguera:
patíbulo, doquiera;
una es tu esencia aborrecida y fria;
lepra y deshonra del linaje humano:
¡ si al mismo Dios crucificaste un dia,
¿ qué eres más, sino el cetro del tirano ? »

Sí: ¡ mentira, irrisión, ¡ justicia humana !
¡ Con qué sarcasmo tu semblante escondes !
¡ Qué amarga cuenta rendirás mañana !
¡ Cada vez que, en tu anhelo,
enjugas el aliento de una vida,
una gota de hiel cae sobre el suelo
y una venganza más queda cumplida !!

XXXII.

AL NORTE DE ESPAÑA.

¡Cántabros montes, firmes baluartes
que tal vez levantó naturaleza
de mi patria infeliz en los dinteles
para su rudo abrigo y su defensa!
¿Quién os trocó en asilos de combate
y en muro vil de fratricida guerra?
Yo os vi, cuando mi jóven pensamiento
virgen inspiracion bañó soberbia.
¡Cuánta gloria palpita en vuestras cimas!
¡Cuántos recuerdos vuestro seno encierra!
Hijos de esas magníficas montañas,
que, cual ellas, teneis almas de piedra,
de bronce el corazon impetuoso,
fundido, sin dudar, para la guerra,

¿No recordais las santas oraciones
que murmurásteis por la vez primera?
¿No temblaba de España el grato nombre
envuelto siempre con amor en ellas?
¡Ay! Esa patria es la que en grato día
os presentó la luz de la existencia;
la que meció risueña vuestra cuna;
la que os dió su valor y su grandeza;
la que guarda cenizas venerandas;
la que los vuestros con amor espera:
es el altar de la brillante gloria
que no tiene rival sobre la tierra;
la de Otumba, Numancia y del Salado;
la de Bailén y el África altanera;
es la reina entre todas las naciones,
es nuestra madre, sí, ¡ bendita sea!
¿Qué seno desgarráis? Su seno hermoso,
que es el seno infeliz que nos sustenta.
Tended la vista á vuestros ricos valles;
¡ cuánta desolacion! ¡ cuánta tristeza!
¡ cuánta sangre vertida inútilmente
en esa loca y desigual contienda!
¿Qué intentais? ¿Qué quereis? ¿Cerrar el paso
al torrente absoluto de la idea,

que una generacion, sólo un instante
del nacer al morir, quizás contempla?
¡Si horada vuestros montes conmovidos!
¡si en vuestra misma atmósfera penetra!
¡si gira en vuestros pueblos con el rayo
y todo lo trasforma y lo renueva!
¡si es el gigante espíritu del mundo
á quien marca el progreso eterna senda,
¿cómo intentais cortarle su camino,
si de la muerte vencedor, lo huella?
¿De patria alzais el sacrosanto nombre?
¿De Dios alzais la veneranda enseña?
¿Quién es el vil que su nacion olvida?
¿Qué espíritu es el torpe que lo niega?
¿Hijos no sois de España? Sí, que es uno
vuestro destino audaz sobre la tierra:
tal vez unir los mundos con Europa,
llave segura que abrirá sus puertas.
Es una vuestra historia, como es uno
el porvenir glorioso que os espera;
la misma tradicion os da su sombra,
la misma sangre nutre vuestras venas.
Unido vuestro esfuerzo soberano
se derramó, otros siglos, por la esfera;

y no bañaba el sol lejano clima,
desconocido mar, isla desierta,
donde no saludára nuestras glorias,
donde el nombre de España no estuviera.
¡Sí, patria, union! ¡Lanzad el noble grito!
¡Héroes! ¡si instante tan propicio llega...
¡De vuestro aliento al generoso empuje
el orbe estremecido se rindiera!
Bajad esos pendones que os humillan,
dividiendo á la vez vuestra entereza;
uno solo elevad, en cuyo centro
de ¡Viva España! se contemple el lema;
y si el mundo, envidioso al observarnos
caminar otra vez á tal grandeza
obstáculos opone en el camino
de esa ventura con que el alma sueña,
á vencer ó morir, ¡y lucharémos
agrupados al pié de esa bandera!

XXXIII.

¡NUNCA!

Un día, los ojos fijos
de aquellas órbitas muertas,
Milton, con frases inciertas,
así murmuró á sus hijos :

« Sacadme de este aposento
en que mi espíritu boga...
¡Parece que aquí se ahoga
abrumado el pensamiento !»

Los hijos de sus amores
creyeron, cuando así hablaba,
que el aire puro anhelaba
de hojas, árboles y flores.

Para andar y levantarse
sírvenle de apoyo y guía,
¡á él, que necesitaria
un mundo en que reclinarse!

Yá al pié de un árbol frondoso...
«¿Dónde estoy?» dijo el anciano
con un timbre sobrehumano
de combates sin reposo.

— «De un sauce á la sombra bella—
su hija habló, con tal acento,
que dudaba el pensamiento
si hablaba el árbol ó ella.

» Da en sus ramas sol fecundo
que declina en grave peso...
¡ Parece el último beso
que da un padre moribundo!—

» Además de esos rumores,
que tú entenderás con creces,
aunque ménos que mereces,
tienes á tu lado flores.

» ¡ Flores! — aquél dijo — sí;
sus aromas percibía,
y era porque tú, hija mía,
estabas cerca de mí.—

» Mas ¡ ah! llevadme, os lo pido,
donde el cielo resplandece...
estos árboles, parece
que gimen con mi gemido.

» Hay más allá, que soñaba
mi vista cansada y seca»...
¡ y aquella mirada hueca
parecía que miraba!

Surcos mil, su frente en calma
nublaron luégo infelices...
¡ Ellos son las cicatrices
de las heridas del alma!

« Quiero — dijo — cuanto vi,
y acaso el mundo prevenga :
¡ llevadme donde no tenga

obstáculos sobre mí!»—

• • • • •

El horizonte lejano
roca enhiesta descubria,
á cuyos piés se movia
el espumoso Océano.

Llévanlo allí, sin reproche ;
mas, como léjos estaba,
miéntras el grupo llegaba
iba cayendo la noche.

Lleno de estrellas y puro
se alzaba el espacio enfrente,
tan azul y trasparente
como impenetrable y duro.

Llegados sobre la roca...
«¿Dónde?»—Milton preguntó,
y así el hijo contestó
á aquel alma inmensa y loca :

—«A tus plantas, con fiereza
se rompe el mar imponente,
y es un cielo trasparente
corona de tu cabeza.

»Aquí termina tu anhelo...
en la cima de esta roca
que casi el espacio toca...
¿qué puede abrumarte?» —«¡El cielo!»

XXXIV.

EL FÉNIX.

— « Entrega audaz el pincel
á los venideros siglos,
recuerdos de otras edades
latiendo en el colorido.
La modelada escultura
parece un recuerdo vivo,
que muertas generaciones
dejaron sobre el granito.
Desde la vieja Pagoda,
desde el Partenon antiguo
á las altas catedrales
que una edad, toda heroísmo,
amasó sobre la Europa,
son de una protesta el grito

que el humano pensamiento
alzó contra el despotismo;
mas el lienzo al fin perece,
pronto se extingue el sonido,
y las piedras seculares
carcome el tiempo sombrío,
y acaso presto no quede
ni un recuerdo ni un vestigio
de esos templos suntuosos,
bosques de piedra infinitos
que á una edad prestaron sombra,
que á un mundo dieron abrigo,
piedras miliarias, que el hombre
fué dejando en su camino.

Por mí no pasan los tiempos;
soy el cisne peregrino
que vuela á traves del mundo
como á traves de los siglos :
yo en mis cenizas renazco
como fénix infinito ;
no hay hoguera que me abraze,
porque en fuego estoy fundido :
como sol de eterna esfera
reparto mis rayos vivos,

me reproduzco sin calma,
y sin fin me multiplico :
sobre oleadas de frentes
extiendo yo mi dominio,
y aquellas olas me llevan
por todas partes escrito:
yo soy ciencia, yo soy arte,
soy religion, ateismo;
soy del hombre fiel espejo
con su fe, con sus delirios.
Yo de la naturaleza
recojo y llevo conmigo
melancólicosacentos
y calientes coloridos :
soy la tierra con sus dudas,
soy el cielo con sus himnos.
Trasformo generaciones,
hundo templos, borro ídolos,
alzo altares, formo pueblos
sobre escombros derruidos;
soy, en fin, alma del mundo » ...
— «¿Quién eres tú? » — ¡«Soy el libro!»

XXXV.

ANTE UN CADÁVER.

¡Contraste horrible! Ayer, calor y vida,
luz y tinieblas en la mente incierta :
¡hoy, barro y podredumbre corrompida,
seca y sin alma la pupila muerta!

¡Ah! ¿Qué es la vida? ¿Rayo fugitivo?
¿Martirio que conquista otras mercedes?
¡Tú ves de la verdad el rayo vivo,
lo sabes todo, pero hablar no puedes!

Que tal vez, al morir la forma impura,
no es el no sér lo que la voz amengua :
¡ante nuevos espacios de hermosura
enmudece de asombro nuestra lengua!

¡Ah! Tu quietud, tu rigidez remeda,
con su sombría soledad callada,
la soledad en que la cárcel queda
al quedarse también abandonada!

¿Hay otras vidas en remotos senos?
¿Hay recuerdo en el sér de lo que ha sido?
¿Halaga á los espíritus serenos
la imágen celestial del bien perdido?

¿Revestirá el espíritu su forma
cuando á esa luz purísima volamos?
¿El corazón allí no se trasforma?
¿Está allí siempre la mujer que amamos?

¡Ah! ¡Quién pudiera con su mismo aliento
un instante, no más, darte la vida,
y sorprender la luz del pensamiento
y apagarla después de sorprendida!!

XXXVI.

MEDITACION.

¡Qué triste es la caída de la tarde!
¡Cuál rebosa en fugaz melancolía
la roja luz que en Occidente arde,
último adios del espirante día!

Misterio dulce los espacios llena,
el aire los sentidos aletarga,
invade el pecho religiosa pena
que el corazón y el pensamiento embarga.

Los hondos valles soledad respiran,
el ave, oculta, su canción destierra;
los árboles parece que suspiran
y en lecho de quietud yace la tierra.

¡Quién sabe ¡oh tarde! si tu imágen fría
es un recuerdo de perdidas horas,
un triste anuncio que la muerte envía
ó un suspiro de fuego que devoras!

¡Oh sol! Cuando te ocultas silencioso
tras del lejano y azulado monte,
¿qué espíritu no duda temeroso
si volverás de nuevo al horizonte?

Así la vida en el dolor concluye
al que juzga insensato poseerla :
¡así la dicha para siempre huye
sin que pueda la mano detenerla!

.
La solitaria luna se levanta,
como una amante desdeñada y sola :
cerca, muy cerca, el mar sonoro canta
esa música eterna de la ola.

¡Ah! ¡Quién pudiera desgarrar el velo
que á nuestro afán el porvenir encubre,

y romper el silencio de ese cielo
que tanta lucha indiferente cubre!

¡Dios! ¿Arrojaste con desden tu hechura
en un infierno interminable y frío,
de un eden á un abismo de amargura,
desde el bien hasta el mal torvo y sombrío?

¿Eres el Dios que empujas las naciones
á los calientes campos de pelea,
y al choque vil de cien generaciones
indiferente sigue ó se recrea?

¿Eres el Dios que en brisas peregrinas
ha puesto desatados huracanes,
en la risueña flor duras espinas
y en los senos del mundo los volcanes?

Si está tu esencia donde late un alma,
si está la humanidad donde hay un hombre,
¡comprendo ¡oh mente! tu luchar sin calma!
¡comprendo ¡oh mundo! tu anhelar sin nombre!

¿Quién, sí, quién sabe si la especie humana

rueda á un abismo lóbrego y profundo,
si inerte polvo yacerá mañana,
ó si es tal vez que se trasforma el mundo!

¿Quién sabe si estas hondas convulsiones
regenerar el universo quieren ;
si es que renacerán nuevas naciones
de estas naciones que cansadas mueren!

¡Humanidad! Quien sabe su camino
lo huella con valor : no titubea...
¿Pues qué te falta? ¡Fe! fe en tu destino,
fe en tu misma mision, fe en una idea!

Patria ¿y tú? Vi una imágen que espiraba...
en su seno la muerte se escondia :
al peso de su lucha... agonizaba...
¿Era tal vez tu sombra, patria mia!

¡Ah! ¡Cuán grande te sueña el pensamiento!
Yo en mi huida niñez, en tí pensando,
mis quiméricos sueños, sin cimiento,
iba siempre en tu gloria realizando.

Tu dicha, grande yo, no fuera incierta :
¡gran poeta, mi voz te inspiraría
ese afán insaciable, que despierta
en el alma de un pueblo la poesía!

.

¡Oh tarde! ¡Cómo ante tu imagen ida
se ve que todo moribundo arde!
¡Cómo eres sombra de la triste vida
que, como tú, concluye en una tarde!

Tal vez huyen sonidos á mi paso
y mis ojos no ven más que la tierra...
¡Qué tosco es el cristal del rudo vaso
en que el sublime espíritu se encierra!

¡Torpes sentidos que hasta Dios se lanzan!
Si penetran el cielo sin enojos,
¿es que mis ojos hasta el sol alcanzan
ó es porque el sol descende hasta mis ojos?

Allí, al romperse amarga cual sombría
la frente del indómito Océano,

su ronca y melancólica armonía
parece voz del pensamiento humano.

Allá la luna envuelta en blanca nube,
cual lámpara entre nieblas suspendida,
me parece un espíritu que sube
más alto que las olas de la vida.

Sus rayos son palabras y sonidos,
habla el mar con su indócil oleaje,
son palabras sus lánguidos gemidos...
¡pero yo no comprendo su lenguaje!

¡Oh duda, que palpitas como sombra
hasta en la flor de matizado broche!
no eres hija del alma que te nombra;
¡tú eres hija del caos y de la noche!

Pero la noche, que infeliz no empañas,
de algun lucero el resplandor envía...
Cuando el alma se abisma en tus entrañas,
¿qué luz encuentra en tu extensión sombría?

XXXVII.

¡SANCHEZ BARCÁIZTEGUI!

Noble es morir, cuando el suelo
de la patria en que nacimos,
á extranjera planta vimos
con loca furia ásolar:

Cuando vuestra misma madre
os entrega el limpio acero,
y veis ante el extranjero
nuestras vírgenes temblar.

Todo entónces clama guerra,
todo á la lid nos convoca;
cada monte es una roca
de defensa y de valor;

Cada tumba es un abismo,

un gigante cada sierra,
un volcan la misma tierra
que despide al invasor.

Triste es morir entre hermanos ;
pero no es morir siquiera
abrazado á la bandera
que riza la libertad.

¿Lleva sólo ese estandarte
de España el nombre divino?
¿Es sólo el patrio destino
ó es el de la humanidad?

Los que decís que estas luchas
son de un pueblo casi inerte :
que son hálitos de muerte
que despide el porvenir ;

No, no mueren las naciones
donde late el heroismo,
donde cada instante mismo
hay un nombre que esculpir.

Yo oí la voz de los mares
en las cantábricas olas...

« ¡Mártir que á la luz te inmolas,
que creces al espirar!

Otra página brillante,
un héroe más que yo pierdo...

« ¡Mas ya no es sólo un recuerdo
la gloria de Trafalgar! »

XXXVIII.

Á CUBA.

¿Serás cuál te soñé? Sobre las olas
que te ciñen, tal vez enamoradas,
yo te sueño cual vírgen indolente
que sale de las aguas perfumadas
envuelta en una gasa trasparente.
Miro costas de oro,
llenas de perlas que á adornarte aspiran,
y azules mares que á tus piés espiran
con un cantar magnífico y sonoro :
yo contemplo quemados horizontes
que en pura grana y en zafir se tiñen ;
un sol hirviente veo,
engendrador de auroras boreales,
reclinarse en tu frente suspirada,

lanzándote tal vez una mirada
donde tiemblan las tintas del deseo :
audaz vegetacion, ruda y gigante,
es tu verde y frondosa cabellera,
en que trémula escondes tu semblante.
Aves, no vistas, de encantadas plumas,
al dar trinando su cancion ligera,
ostentan en su vuelo
colores mil de nubes y de cielo
y el tornasol del mar y sus espumas.
El mar, con ondulantes vibraciones,
te rinde sus caricias,
y semejan sus mil palpitaciones
de dos esposos lánguidas delicias.
Son tus suspiros, abrasado ruego ;
tu luz, prisma de mágicos colores ;
tu atmósfera es de cálidos amores ;
son tus brisas del mar, besos de fuego.

¿Serás cuál te soñé? ¡Cómo te crea
la inspiracion audaz, que no resisto!..
¡Ah! yo nunca te vi, pero te he visto...
¿Dónde hay pincel más grande que la idea?

¿Y eres tú la que un día,
que nunca, nunca olvidará la historia,
al grito vil de rebelion sombría
rasgaste los blasones de tu gloria
y el noble pecho de la patria mía?
¿Y eres la hija que á su madre atenta;
la hija que tal vez probó el veneno
de un impúdico amor, y en loca huida,
lleva su alma para siempre herida,
y horrible llama en el nevado seno?

¡Mísera Cuba! Ante tu triste saña,
¿qué te puedo decir, si eres tú misma
sangre y aliento y juventud de España?
¿Cuál es, cuál es tu gloria,
cuál es tu tradicion, cuál tu lenguaje,
ese habla varonil, grave y serena,
que, como todo el universo llena,
es la que imita el mar en su oleaje?
¡Ah, nada, no eres tú! Cuba, perdona
si enardecido el labio
te infiere injusto agravio
en vez de unir su canto á tu corona.
No, no eres tú: satánicas pasiones

á tus vírgenes bosques descendieron,
y allí luégo encendieron
la hoguera de bastardas ilusiones.
¿Y sabes, Cuba, qué te esperaría
bajo el dominio de nacion ajena?
¡El yugo de extranjera servidumbre,
y, con eterna y grave pesadumbre,
arrastrar tristemente una cadena!

¡Gloria futura! ¡América gigante!
si al bien del hombre enlazas tu destino,
si al progreso has de ser eterno escudo,
sigue, sigue triunfante tu camino...
¡yo me inclino á tus piés y te saludo!
Mas si, enemiga, con tu envidia á solas,
quieres cubrir tu desnudez primera,
quieres abrir tu historia venidera
con un jiron de glorias españolas,
¡áun no se han roto los antiguos lazos
de España, como en pueblos moribundos,
y son tan fuertes sus robustos brazos
que puede, á un tiempo, sustentar dos mundos!

¡Tú, Cuba, hija del sol! Si eres tan bella

que pareces tal vez al hombre insano
en medio de los mares, una estrella
que creyó que era cielo el Océano ;
si estás adormecida,
en abandono y languidez sumida
al beso animador del sol fecundo,
cubre tu encanto en tu ilusion querida,
vela tus formas, codiciada vírgen,
mira que absorto te contempla el mundo!

XXXIX.

EL DEBER.

Mientras extiende la noche
su sombra densa y opaca,
¡cuántos sagrados poemas
abren sus ocultas páginas!
Uno ved: la casta esposa
mece una cuna y aguarda:
ángel de rubios cabellos,
de tez sonrosada y blanca,
duerme en ella, y se sonríe
mientras que su madre canta.
¡Su madre! ¡ah, qué pincel
pudiera aquí reflejarla!
Ella y el cándido niño
son, por mutua semejanza,

como una flor y un capullo
que están en la misma rama.
¡Cuadro elocuente y hermoso!
¿Qué oracion ni qué plegaria
hallarán mejor camino
de elevar á Dios el alma?
¡Haces bien, madre sublime!
Otras giren sus miradas
donde ostenta el bajo mundo
cubiertas de oro sus faltas:
Tal vez en este momento,
á todo rumor turbada,
tal vez la adúltera esposa
temblando en la sombra aguarda.
Tú no tienes sus diamantes,
misterios, citas ni cartas...
al pié de tu hijo dormido
tranquila esperas y cantas...
¡Así la divina Madre
al pié de Jesus velaba!
Pobres séres del tumulto;
¿preferís, por cosa extraña,
una noche borrascosa
á una noche limpia y clara?

¡La luz de noble existencia
nunca empequeñece el alma...
una conciencia tranquila
es un mar sin oleadas!

A poco el esposo llega :
ella siente sus pisadas,
y las conoce, lo mismo
que al cercano mar la playa.
Entra: su noble semblante
una victoria retrata.
Parece que habla, que dice
con silenciosa palabra...
«¡ Hijo... esposa! yá tenemos
el sustento de mañana.»
Son pobres, mas ¡ah! ¿ qué importa ?
¿ Vísteis de ella la mirada?
¡ Tuvo luz de paraíso
y calor de sus entrañas !
Hijos son de libre cuna,
y se unieron sus dos llamas
como en los anchos desiertos
se une el viento con las palmas...
¿ Quién describe de esa noche



las agitadas palabras,
las querellas, los encantos,
el temor, las esperanzas?
¡Ah! Sobre el techo tranquilo
algo se oía á distancia,
de espíritus bienhechores,
de músicas que pasaban;
y es porque siempre en las horas
en que el mundo duerme ó calla,
sobre el hogar venturoso
un ángel tiende sus alas.

.

¡Sagrado silencio! Todo
en tu hondo seno se embarga...
¡Oh luceros de la noche,
cuánto sabeis de las almas!!



XL.

Á LA GUERRA.

¡Rudo azote del hombre,
crímen universal, funesta gloria,
baldon sangriento de la humana historia!
Al escuchar tu nombre,
lleno de indignacion el pecho late:
no alzo á tus triunfos lisonjero canto...
¡Es un grito terrible de combate,
es una maldicion lo que levanto!

¡Mirad la historia! Desde el triste dia
en que dió el mundo el hálito primero,
¡qué veis?... ¡guerra sombría!
luchar y reluchar generaciones
dando su suerte al brazo y al acero:

raudo pasar de razas sobre razas,
de pueblos sobre pueblos y naciones;
y, en medio de tan hondas convulsiones,
flotando, como flota eterna idea,
el pensamiento humano
seguir, entre la sangre y la pelea,
su camino inmutable y soberano.

Nació una religion grande y sublime,
que, en una humanidad, todas redime,
con sabios y con mártires severos,
toda paz, toda amor... mas que inclinaron
los hombres ¡ay! á sus instintos fieros:
ardió la inteligencia como el rayo;
cruzó la libertad de polo á polo,
vírgen llena de gloria y de hermosura;
el hombre sacudió su vil desmayo...
sí; mas, atento á su venganza sólo,
con sangre salpicó su vestidura.
Que siempre el mundo, en torpes convulsiones,
luz de rencor en la verdad enciende,
¡y hasta el límpido sol nublar pretende
en la luz infernal de sus pasiones!
¡Oh grandezas perdidas!

¡Oh triste y miserable raza humana!
Si un fanatismo para siempre olvidas,
¿qué fanatismo inventarás mañana!!

¿Y es eterna esta ley? ¿Su último aliento
dará la humanidad en lid tan ciega?
¿Sólo con sangre y lágrimas se riega
el árbol inmortal del pensamiento?
¿No tiene la verdad fuerza bastante
á penetrar los duros corazones?
¿Necesita, quizás, la voz vibrante
de la boca feroz de los cañones?
¡Oh guerra! ¿Por ventura
nuncio eres tú del pensamiento humano,
negra nube preñada de rocío,
ó servil instrumento del tirano?
El ronco són de tu estallar impío,
¿redime al hombre? ¿en libre lo convierte?
¿Puede ser la existencia creadora
casta esposa del luto y de la muerte?
¡Ah, no... no puede ser! Entónces... clara
podrá lucir más tarde
en olvidados pueblos
esa antorcha inmortal, que inquieta arde,

y trocada la suerte,
lanzando injusta el rayo de la muerte
en la eternal contienda,
podrá en los valles de la vieja Europa
alzar de nuevo el árabe su tienda.
¡No! verdad que los pueblos pensadores
la guerra alimentaron...
¡Los hijos de esta España vacilante,
en época gigante
la América sedientos inundaron!
Grecia lo dice, lo recuerda Roma:
¡Napoleon el sueño realizaba
ciñéndose laureles de Platea...
¡y el acento de un siglo retumbaba
en el cañon triunfante de Crimea!
Mas no, no es vil esclavo de su anhelo
el viajero eterno y misterioso,
astro que brilla en el opaco suelo:
el alto sol hirviente
prosigue invariable á su destino...
¡La *Civilizacion* nació en Oriente,
y, como es sol, recorre igual camino!

Mas ¡ah! rápido un pueblo se conmueve :

sus templos, sus altares
sienten rumor de plantas ignoradas
como si fueran desbordados mares :
sus castas hembras mira arrodilladas
al pié del invasor... ¡ Negro momento !
¡ Forzoso es combatir ! Patria, creencias,
honor y libertad, así lo piden...
¡ Oh, qué cruel ! ¿ Sabeis qué cruza el viento
en los hirvientes plomos destructores ?
Vidas de hermanos, orfandad y luto...
¡ Tal vez crimen despues !... ¡ De esos rencores
recoge el universo vil tributo !
¡ Ah, si todos los pueblos de la tierra
por fraternal amor encadenados,
fundieran el acero de la guerra !
¡ Tanta ventura el Hacedor no quiso
al mundo dar en calma !
¡ Y esa breve ilusion, es ¡ ay ! el alma
que nos deja soñar el Paraíso !!!

En tanto tiemble impuro
un rayo de ambicion sobre la tierra,
y haga el hombre subir al labio duro
la palabra satánica de « guerra » :

en tanto las naciones
encomienden sus santas libertades
al fuego atronador de sus cañones,
para alcanzar tal vez supremo asiento
ó de la tierra míseros jirones :
en tanto que, al fulgor de innoble tea,
se atreva la razon extraviada
á saludar los hechos de una espada
como el lenguaje escrito de una idea,
¡ soberbia humanidad ! ¡ siglo orgulloso !
¿ por qué aclamais la libertad del hombre ?
¡ Esa ilusion es sueño mentiroso !
¡ ese nombre inmortal, un hueco nombre !

¡ Grandes poetas ! entonad severos
con esa voz que el universo mueve
y el firmamento atónito conmueve,
de la gloria los himnos verdaderos.
¡ Potente Dios ! Si en sangre enrojecido
el suelo se ha de ver, siempre insaciable,
¡ arroja yá este globo miserable
al abismo fatal de que ha salido !!!

• • • • •

Tal vez, tal vez en tiempo
que la mente soñó, la paz sublime,
brindando nueva luz á otras edades,
se ostentará cual astro que redime,
cual sol que rompe densas tempestades.
¡Tal vez, guerra sombría,
tras lucha inmensa del linaje humano,
dándote muerte con tu propia mano,
envuelta en sangre te ahogará un día!!

XLI.

HISTORIA DE UN CRÁNEO

CONTADA POR UNA BALA.

Era una noche nebulosa y fría:
oíanse lejanas vibraciones,
y el aire, bochornoso, repetía
rumor de combatientes escuadrones.

De un alto monte, de la lucha escena,
cayó un soldado por la muerte herido,
y su cráneo cruzó, de sangre llena,
la bala que esta historia ha referido.

Desde la cumbre, raudo descendiendo,
el plomo hirviente resbaló rodando,

y un ruido extraño con la roca haciendo,
estas palabras iba murmurando.

« La rapidez pasmosa que llevaba
por fuerza superior que me impelia,
de un perdido planeta semejaba
la inmensa rapidez con que caería.

» Sentí contacto de calor hirviente,
rasgué un cerebro de existencia lleno,
y al penetrar, ligera, por su frente,
súbito en sangre se empapó mi seno.

» En vano en mi camino se oponían
cumbres que pensamientos coronaban:
rayos de luz ante mi paso huían
y en pos de mí, tinieblas se agrupaban.

» ¡ Ah ! ¡ Cuánta luz que turba y que conmueve
ahogué, pasando con furor violento !
¡ Qué augusto es un cerebro que se mueve !
¡ qué grande es el humano pensamiento !

» Rompí, abrasada, el misterioso velo

en donde duermen las perdidas glorias;
¡aquello fué profanacion de un cielo!
¡Ah, cuántas melancólicas memorias!

»Allí una madre, llena de delicias,
ajena al porvenir que se acercaba,
en un collar inmenso de caricias
el rostro de su hijo rodeaba.

»Más allá, envuelta en lóbrego quebranto,
¡ay! derramaba lágrimas de fuego,
y sus ojos, cegados por el llanto,
una esperanza iluminaba luégo.

»Allí una vírgen, llena de sonrojos,
perdia de su faz los arreboles,
y sus azules y entornados ojos
se oscurecian cual nublados soles.

»Y todo lo rasgué : con grave peso,
se hundió su imágen entre niebla fria,
¡creí sentir como rumor de un beso
y un ay que aquel cerebro estremecia!

»Más allá, la region de lo presente
triste y dudosa, como yo, se alzaba...
¡la postrimera luz de aquella frente
entre espantosas dudas espiraba!

»Vi aquella vírgen, llena de hermosura,
de tanta vida y esperanza llena,
caer en la entreabierta sepultura
como marchita y pálida azucena.

»Vi aquella madre, amor de los amores,
ahogada del pesar entre las olas,
mendigando el sustento, en sus dolores,
con su recuerdo y su vejez á solas.

»¡Vi!... ¡Cuánto vi! La mano de la suerte
torna la vida en eternal desmayo.
¡Hay dudas que destruyen cual la muerte!
¡Hay dolores que matan como el rayo!

»¡Vi la region sagrada de los sueños!
¡Qué mundo de ilusion allí dormia!
¡Al herir sus reflejos halagüeños
sospeché que era un Dios á quien heria!

» ¡Ah, triste madre! ¡Suspirada esposa!
alzá al llanto altares en su nombre.
¡Qué augusta majestad allí reposa!
¡Cuánto perdió su patria! ¡Cuánto el hombre!

» ¡Tal vez, tal vez, al orador osado,
tal vez al héroe en gloria sin segundo,
al poeta, que ungió dedo sagrado,
honra de un pueblo, admiración del mundo!

» Yo, sorprendida ante tan gratos nombres,
quise retroceder, mas no podía.
¡Ah! ¿Qué fuerza enemiga de los hombres
á tan bárbaro crimen me impelia?»

.

Siguió la noche nebulosa y triste,
calló la bala entre apagados sonos :
sobre el campo fatal, que el luto viste,
pasaron los triunfantes batallones.

Perezosa la aurora aparecía...

más tarde el sol espléndido se alzaba,
¡y aquel mar de la guerra, que aún se oía,
no supo de la gota que faltaba!

XLII.

LA VOZ DE LOS VOLCANES.

«Desde que hinchado el globo rodó por el espacio
magnífico palacio que guarda la creacion,
nosotros lo cruzamos con formas mil y extrañas,
nutriendo en sus entrañas voraz palpitacion.

Apareció más tarde
la luz del pensamiento,
y en lóbregos abismos
volamos á escondernos.

»Y es que al mirar, vencidos, el rayo que lo inflama
no pudo nuestra llama con su esplendor luchar;
volcanes de los aires, cruzaron las ideas,
magníficas mareas sintió despues el mar.

El hombre nos arranca
nuestro abrasante fuego :
lo lleva en su cabeza,
lo esconde hasta en su seno.

» ¡Ah, no temais, humanos, que nuestra llama impura
pretenda en noche oscura ahogar la creacion!...
Volcan es la palabra, que es lava de la idea,
trasforma el mundo y crea en honda ebullicion.

Sofoca nuestra llama
vuestro divino fuego.
¡El aire está encendido
en luz del pensamiento!

» ¡Oh, si llegára un dia en que, tras tanta guerra,
el alma de la tierra lograrais transformar,
y, unido á vuestro esfuerzo nuestro rugir profundo,
pudiéramos el mundo reunidos abrasar!

Más luz llenára entónces
el éstrellado inmenso, ¡
¡entónces... es que habria
un sol más en el cielo!»

XLIII.

Á VÍCTOR HUGO.

Débil será mi canto ; de mi lira
lánguido y breve el eco que suspira
tu nombre al ensalzar ;
tu nombre, que tal vez hizo á mi alma
tras de la gloria que anheló sin calma
su vuelo remontar.

Su vuelo remontar, cuando mi mente
sentí abrasada por el rayo ardiente
de audaz inspiracion :
cuando lleno de mágica poesía *
un mundo de placeres y armonía
soñó mi corazon.

Quando ansiára tener voces sonoras

y del genio las alas vencedoras
con que el espacio hollar ;
y á la voz de la patria, sentí luégo
de la divina libertad el fuego
mis venas inflamar.

Yo cantarla intenté, y el labio mio
sellaba, al verla en su dolor impío
triste llorar tambien...
¡Ella, que un tiempo en la abrasada zona
el cielo entre dos mundos, por corona
ciñó á su noble sien!

Yo de un astro de amor la hermosa lumbre
miré ocultarse en la celeste cumbre
tras lóbrego capuz :
con ella huyó mi fe consoladora...
y en vano espero un alba precursora
de su extinguida luz.

Yo imaginé que ninfas hechiceras
procuraban mi nombre, placenteras,
con flores adornar ;
que en blancas nubes por el ancho cielo

ángeles mil bajaban con anhelo
mi frente á coronar.

Yo imaginé que un siglo me llamaba,
que un siglo con sus glorias me brindaba,
y respondí veloz;
llegó hasta mí sonido misterioso...
y es que un siglo gigante y poderoso
hablaba por tu voz.

¡Gran Hugo! Yo creí que la voz mia
hasta tu claro nombre, su armonía
pudiera levantar :
« ¡Francia, tierra feliz, yo te saludo!
El orbe entero, con asombro mudo
te debe saludar. »

.

Sueños fueron no más, que un solo día
mi arrebatada y loca fantasía
feliz acarició :
¡yá la verdad mostróse despiadada,
y el corazon la dicha ambicionada
para siempre olvidó!

Rayos somos del sol: ardiente y bello,
lograste tú con vívido destello
la tierra iluminar;
es mi destino, en el espacio errante,
triste fulgor incierto y vacilante
sin gloria derramar!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

NOTA DEL AUTOR.

Bien conoce el autor de este libro cuán léjos se encuentra del fin que se propuso al comenzar su humilde obra: hoy la da á luz sin vanas pretensiones, aunque tambien sin temor: el público, que alentó sus primeros pasos en la senda del Arte: que acogió con inmerecido aplauso aquellas débiles tentativas, vagamente pensadas y rápidamente escritas, agotando en poco tiempo las sucesivas publicaciones, no ha de abrumar con el peso de una severidad extraordinaria este débil esfuerzo, precursor, tal vez, de más maduros trabajos.

Reflejar en un libro, siquiera sea á grandes rasgos, la dolorosa historia de la humanidad: hacerse eco de sus justas aspiraciones á un posible mejoramiento, yá que una ley fatal funda sobre la miseria de los más la prosperidad y el engrandecimiento.

to de los ménos: tocar esta llaga social en un país, que, recientemente, ha tenido un altar para cada delirio y un templo para cada utópico sueño; en un país en que hay quien pretende sumir al espíritu humano en la más tenebrosa noche: levantarse sin vacilar sobre tan calientes escombros, y alzar la voz con firmeza entre el humo polvoriento de las batallas y las mortales dudas de esta generación desdichada, es empresa titánica, digna de admiración en un genio superior, digna de respeto siempre en quien, con honrado intento, se atreve á acometerla.

Hay quien supone á la Poesía ajena á su presente; ajena á los grandes momentos de la humanidad, y prueba de ello son esos libros que invaden silenciosamente las librerías, preñados de sentimientos individuales y de estériles ayes por dolores imaginarios ó comunes. No cabe discusión en este punto: esa poesía es un cuerpo sin alma, una luz que se extingue, una voz dada en el vacío.

La conocida senda lleva á término conocido, y no opone obstáculos al viajero: el nuevo camino, que abren nuestras plantas, está lleno de zarzas y cercado de dudas y extravíos; el que escribe estas líneas, deja una senda, que siempre conduce á un débil pero seguro nombre, por un camino á las veces glo-

rioso, fácil otras á irreparables caídas. ¡Ojalá alguno, más afortunado, pueda recorrerlo con gigantes pasos!

Sólo ha querido el autor del presente libro dar una ligera idea de sus propósitos y sus luchas: réstale ahora, para evitar aviesas interpretaciones, puesto que duda que su nombre haya roto ántes los límites de su provincia natal, confesar ingénuamente por qué ha encabezado su obra con la carta del más ilustre de los poetas contemporáneos.

Á la publicacion del tomito *Notas de una lira*, en que se insertaba la poesía que termina esta obra algo aumentada, aquel célebre poeta dirigió al autor tan honrosa carta, que hoy se comprende en este libro, no sólo por cuanto es honrosa para el que escribe, sino por cuanto es honrosa también para su patria.

Aun resta algo que añadir á esta yá larga nota. Las dudas que el autor abriga respecto al éxito de este libro, le han impedido poner al frente un nombre, que pugna por brotar de su pluma.

Es un deber suyo también, y se complace en cumplirlo, dar públicas gracias al enténdido editor Sr. D. Abelardo de Carlos, á quien principalmente deben su aparicion estas poesías, y por la no pequeña parte que en ello le corresponde, al admira-

ble poeta Sr. D. Antonio Fernandez Grilo, quien, salvando la distancia que hay de su gloria á la oscuridad del que escribe, no titubeó en tenderle franca mano de compañero y amigo.

C. P.

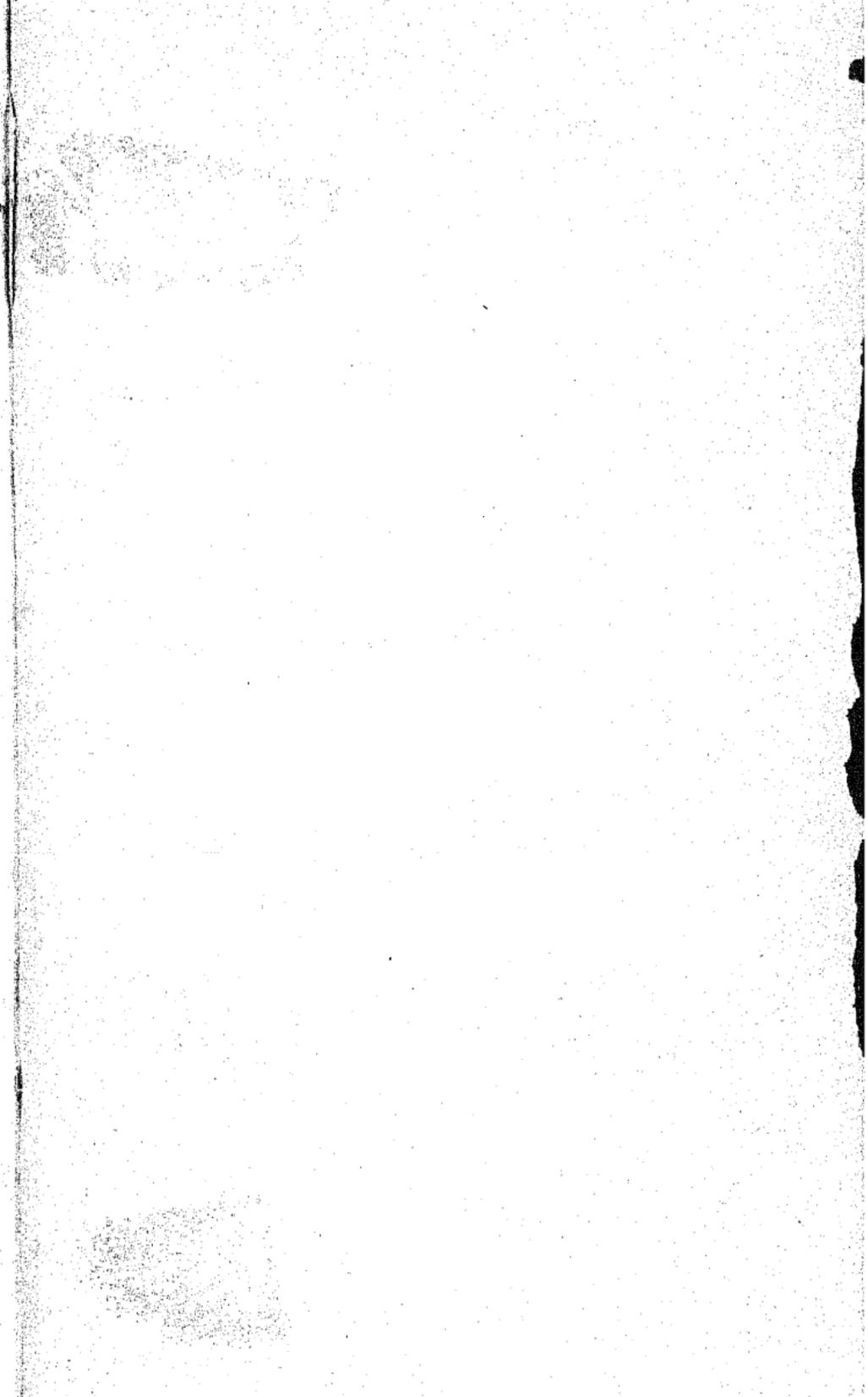
Madrid, 18 de Agosto de 1875.



ÍNDICE.

	Págs.
Carta de Víctor Hugo.	5
Introduccion.	7
PARTE PRIMERA.—Historia.	11
I.—La caída.	13
II.—La primera gota.	18
III.—Dudas.	20
IV.—Nubes.	23
V.—La Edad Media.	26
VI.—El auto de fe.	29
VII.—El Arte.	32
VIII al XI.—Muertas glorias.	38
MEMORIAS DEL ALMA.	47
XII.—Preguntas.	49
XIII.—Carta á S.*.	53
XIV.—¡Allí está!	55
XV.—Besos.	58
XVI.—Confidencias.	61
XVII.—Á S.*.	67
XVIII.—Distancias.	75
XIX.—La promesa.	78
XX.—¡12 de Abril de 1875!	85
XXI.—Á la tumba de mi hija.	93
XXII.—Epitafio.	98

XXIII.—Tres lágrimas. ¡Francisco Escudero y Peroso!	99
XXIV.—¡Tassara!	101
XXV.—¡Fernandez Espino!	108
PARTE SEGUNDA.—Revolucion.	111
XXVI.—La abolicion de la esclavitud.	113
XXVII.—Lamartine.	119
XXVIII.—La Numancia.	120
XXIX.—El siglo y el poeta.	126
XXX.—Al ejército libertador de Bilbao.	130
XXXI.—La tumba y el cadalso.	135
XXXII.—Al Norte de España.	139
XXXIII.—¡Nunca!	143
XXXIV.—El fénix.	148
XXXV.—Ante un cadáver.	151
XXXVI.—Meditacion.	153
XXXVII.—¡Sanchez Barcáiztegui!	159
XXXVIII.—Á Cuba.	162
XXXIX.—El deber.	167
XL.—Á la guerra.	171
XLI.—Historia de un cráneo, contada por una bala.	178
XLII.—La voz de los volcanes.	184
XLIII.—Á Víctor Hugo.	186
Nota del Autor.	191



OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS.

- Presentimientos*, ensayos poéticos.
Notas de una lira, poesías.
Indecisiones, poesías y cantares. } Agotadas.
Brisas de Otoño, rimas.
Cantos del pueblo, precedidos de una carta de Víctor Hugo.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE.

- Várias poesías. Artículos.*
Cantos del pueblo (segunda parte).
Guttemberg, drama en tres actos y en verso.
Luchas escondidas, novela.
El Duque de Alba, drama.

Madrid, 10 reales.—Provincias, 12.—Extranjero y Ultramar, 14.

